El sombrero de tres picos

Historia verdadera de un sucedido que anda en romances, escrita ahora tal y como pasó

Pedro Antonio de Alarcón

- I -

De cuándo sucedió la cosa

Comenzaba este largo siglo, que ya va de vencida. No se sabe fijamente el año: sólo consta que era después del de 4 y antes del de 8.

Reinaba, pues, todavía en España don Carlos IV de Borbón; por la gracia de Dios, según las monedas, y por olvido o gracia especial de Bonaparte, según los boletines franceses. Los demás soberanos europeos descendientes de Luis XIV habían perdido ya la corona (y el Jefe de ellos la cabeza) en la deshecha borrasca que corría esta envejecida parte del mundo desde 1789.

Ni paraba aquí la singularidad de nuestra patria en aquellos tiempos. El Soldado de la Revolución, el hijo de un oscuro abogado corso, el vencedor en Rívoli, en las Pirámides, en Marengo y en otras cien batallas, acababa de ceñirse la corona de Carlo Magno y de transfigurar completamente la Europa, creando y suprimiendo naciones, borrando fronteras, inventando dinastías y haciendo mudar de forma, de nombre, de sitio, de costumbres y hasta de traje a los pueblos por donde pasaba en su corcel de guerra como un terremoto animado, o como el «Antecristo», que le llamaban las Potencias del Norte... Sin embargo, nuestros padres (Dios les tenga en su santa

Gloria), lejos de odiarlo o de temerle, complacíanse aún en ponderar sus descomunales hazañas, como si se tratase del héroe de un libro de caballerías, o de cosas que sucedían en otro planeta, sin que ni por asomo recelasen que pensara nunca en venir por acá a intentar las atrocidades que había hecho en Francia, Italia, Alemania y en otros países. Una vez por semana (y dos a lo sumo) llegaba el correo de Madrid a la mayor parte de las poblaciones importantes de la Península, llevando algún número de la Gaceta (que tampoco era diaria), y por ella sabían las personas principales (suponiendo que la Gaceta hablase del particular) si existía un estado más o menos allende el Pirineo, si se había reñido otra batalla en que peleasen seis u ocho reyes y emperadores, y si Napoleón se hallaba en Milán, en Bruselas o en Varsovia... Por lo demás, nuestros mayores seguían viviendo a la antigua española, sumamente despacio, apegados a sus rancias costumbres, en paz y en gracia de Dios, con su Inquisición y sus frailes, con su pintoresca desigualdad ante la ley, con sus privilegios, fueros y exenciones personales, con su carencia de toda libertad municipal o política, gobernados simultáneamente por insignes obispos y poderosos corregidores (cuyas respectivas potestades no era muy fácil deslindar, pues unos y otros se metían en lo temporal y en lo eterno), y pagando diezmos, primicias, alcabalas, subsidios, mandas y limosnas forzosas, rentas, rentillas, capitaciones, tercias reales, gabelas, frutos-civiles, y hasta cincuenta tributos más, cuya nomenclatura no viene a cuento ahora.

Y aquí termina todo lo que la presente historia tiene que ver con la militar y política de aquella época; pues nuestro único objeto, al referir lo que entonces sucedía en el mundo, ha sido venir a parar a que el año de que se trata (supongamos que el de 1805) imperaba todavía en España el antiguo régimen en todas las esferas de la vida pública y particular, como si, en medio de tantas novedades y trastornos, el Pirineo se hubiese convertido en otra Muralla de la China.

II: De cómo vivía entonces la gente

Pág. 02 de 36

En Andalucía, por ejemplo (pues precisamente aconteció en una ciudad de Andalucía lo que vais a oír), las personas de suposición continuaban levantándose muy temprano; yendo a la Catedral a misa de prima, aunque no fuese día de precepto: almorzando, a las nueve, un huevo frito y una jícara de chocolate con picatostes; comiendo, de una a dos de la tarde, puchero y principio, si había caza, y, si no, puchero sólo; durmiendo la siesta después de comer; paseando luego por el campo; yendo al rosario, entre dos luces, a su respectiva parroquia; tomando otro chocolate a la oración (éste con bizcochos); asistiendo los muy encopetados a la tertulia del corregidor, del deán, o del título que residía en el pueblo; retirándose a casa a las ánimas; cerrando el portón antes del toque de la queda; cenando ensalada y guisado por antonomasia, si no habían entrado boquerones frescos, y acostándose incontinenti con su señora (los que la tenían), no sin hacerse calentar primero la cama durante nueves meses del año...

¡Dichosísimo tiempo aquel en que nuestra tierra seguía en quieta y pacífica posesión de todas las telarañas, de todo el polvo, de toda la polilla, de todos los respetos, de todas las creencias, de todas las tradiciones, de todos los usos y de todos los abusos santificados por los siglos! ¡Dichosísimo tiempo aquel en que había en la sociedad humana variedad de clases, de afectos y de costumbres! ¡Dichosísimo tiempo, digo..., para los poetas

especialmente, que encontraban un entremés, un sainete, una comedia, un drama, un auto sacramental o una epopeya detrás de cada esquina, en vez de esta prosaica uniformidad y desabrido realismo que nos legó al cabo la Revolución Francesa! ¡Dichosísimo tiempo, sí!...

Pero esto es volver a las andadas. Basta ya de generalidades y de circunloquios, y entremos resueltamente en la historia de El sombrero de tres picos.

III: Do ut des

En aquel tiempo, pues, había cerca de la ciudad de *** un famoso molino harinero (que ya no existe), situado como a un cuarto de legua de la población, entre el pie de suave colina poblada de guindos y cerezos y una fertilísima huerta que servía de margen (y algunas veces de lecho) al titular intermitente y traicionero río.

Por varias y diversas razones, hacía ya algún tiempo que aquel molino era el predilecto punto de llegada y descanso de los paseantes más caracterizados de la mencionada ciudad... Primeramente, conducía a él un camino carretero, menos intransitable que los restantes de aquellos contornos. En segundo lugar, delante del molino había una plazoletilla empedrada, cubierta por un parral enorme, debajo del cual se tomaba muy bien el fresco en el verano y el sol en el invierno, merced a la alternada ida y venida de los pámpanos...

En tercer lugar, el Molinero era un hombre muy respetuoso, muy discreto, muy fino, que tenía lo que se llama don de gentes, y que obsequiaba a los señorones que solían honrarlo con su tertulia vespertina, ofreciéndoles... lo que daba el tiempo, ora habas verdes, ora cerezas y guindas, ora lechugas en rama y sin sazonar (que están muy buenas cuando se las acompaña de macarros de pan de aceite; macarros que se encargaban de enviar por delante sus señorías), ora melones, ora uvas de aquella misma parra que les servía de dosel, ora rosetas de maíz, si era invierno, y castañas asadas, y almendras, y nueces, y de vez en cuando, en las tardes muy frías, un trago de vino de pulso (dentro ya de la casa y al amor de la lumbre), a lo que por Pascuas se solía añadir algún pestiño, algún mantecado, algún rosco o alguna lonja de jamón alpujarreño.

-¿Tan rico era el Molinero, o tan imprudentes sus tertulianos? -exclamaréis interrumpiéndome.

Ni lo uno ni lo otro. El Molinero sólo tenía un pasar, y aquellos caballeros eran la delicadeza y el orgullo personificados. Pero en unos tiempos en que se pagaban cincuenta y tantas contribuciones diferentes a la Iglesia y al Estado, poco arriesgaba un rústico de tan claras luces como aquél en tenerse ganada la voluntad de regidores, canónigos, frailes, escribanos y demás personas de campanillas. Así es que no faltaba quien dijese que el tío Lucas (tal era el nombre del Molinero) se ahorraba un dineral al año a fuerza de agasajar a todo el mundo.

-«Vuestra Merced me va a dar una puertecilla vieja de la casa que ha derribado», decíale a uno. «Vuestra Señoría (decíale a otro) va a mandar que me rebajen el subsidio, o la alcabala, o la contribución de frutos-civiles.» «Vuestra Reverencia me va a dejar coger en la huerta del Convento una poca hoja para mis gusanos de seda.» «Vuestra Ilustrísima me va a dar permiso para traer una poca leña del monte X.» «Vuestra Paternidad me va a poner dos letras para que me permitan cortar una poca madera en el pinar H.» «Es menester que me haga Usarcé

una escriturilla que no me cueste nada.» «Este año no puedo pagar el censo.» «Espero que el pleito se falle a mi favor.» «Hoy le he dado de bofetadas a uno, y creo que debe ir a la cárcel por haberme provocado.» «¿Tendría su Merced tal cosa de sobra?» «¿Le sirve a Usted de algo tal otra?» «¿Me puede prestar la mula?» «¿Tiene ocupado mañana el carro?» «¿Le parece que envíe por el burro?...»

Y estas canciones se repetían a todas horas, obteniendo siempre por contestación un generoso y desinteresado... «Como se pide.»

Conque ya veis que el tío Lucas no estaba en camino de arruinarse.

IV: Una mujer vista por fuera

La última y acaso la más poderosa razón que tenía el señorío de la ciudad para frecuentar por las tardes el molino del tío Lucas, era... que, así los clérigos como los seglares, empezando por el Sr. Obispo y el Sr. Corregidor, podían contemplar allí a sus anchas una de las obras más bellas, graciosas y admirables que hayan salido jamás de las manos de Dios, llamado entonces el Ser Supremo por Jovellanos y toda la escuela afrancesada de nuestro país.

Esta obra... se denominaba «la señá Frasquita».

Empiezo por responderos de que la señá Frasquita, legítima esposa del tío Lucas, era una mujer de bien, y de que así lo sabían todos los ilustres visitantes del molino. Digo más: ninguno de éstos daba muestras de considerarla con ojos de varón ni con trastienda pecaminosa. Admirábanla, sí, y requebrábanla en ocasiones (delante de su marido, por supuesto), lo mismo los frailes que los caballeros, los canónigos que los golillas, como un prodigio de belleza que honraba a su Criador, y como una diablesa de travesura y coquetería, que alegraba inocentemente los espíritus más melancólicos. «Es un hermoso animal», solía decir el virtuosísimo prelado. «Es una estatua de la antigüedad helénica», observaba un abogado muy erudito, académico correspondiente de la Historia. «Es la propia estampa de Eva», prorrumpía el prior de los franciscanos. «Es una real moza», exclamaba el coronel de milicias. «Es una sierpe, una sirena, ¡un demonio!», añadía el Corregidor. «Pero es una buena mujer, es un ángel, es una criatura, es una chiquilla de cuatro años», acababan por decir todos, al regresar del molino atiborrados de uvas o de nueces, en busca de sus tétricos y metódicos hogares.

La chiquilla de cuatro años, esto es, la señá Frasquita, frisaría en los treinta. Tenía más de dos varas de estatura, y era recia a proporción, o quizás más gruesa todavía de lo correspondiente a su arrogante talla. Parecía una Niobe colosal, y eso que no había tenido hijos: parecía un Hércules... hembra; parecía una matrona romana de las que aún hay ejemplares en el Trastevere. Pero lo más notable en ella era la movilidad, la ligereza, la animación, la gracia de su respetable mole. Para ser una estatua, como pretendía el académico, le faltaba el reposo monumental. Se cimbraba como un junco, giraba como una veleta, bailaba como una peonza. Su rostro era más movible todavía, y, por tanto, menos escultural. Avivábanlo donosamente hasta cinco hoyuelos: dos en una mejilla; otro en otra; otro, muy chico, cerca de la comisura izquierda de sus rientes labios, y el último, muy grande, en medio de su

redonda barba. Añadid a esto los picarescos mohínes, los graciosos guiños y las varias posturas de cabeza que amenizaban su conversación, y formaréis idea de aquella cara llena de sal y de hermosura y radiante siempre de salud y alegría.

Ni la seña Frasquita ni el tío Lucas eran andaluces: ella era navarra y él murciano. Él había ido a la ciudad de ***, a la edad de quince años, como medio paje, medio criado del obispo anterior al que entonces gobernaba aquella iglesia. Educábalo su protector para clérigo, y tal vez con esta mira y para que no careciese de congrua, dejole en su testamento el molino; pero el tío Lucas, que a la muerte de Su Ilustrísima no estaba ordenado más que de menores, ahorcó los hábitos en aquel punto y hora, y sentó plaza de soldado, más ganoso de ver mundo y correr aventuras que de decir misa o de moler trigo. En 1793 hizo la campaña de los Pirineos Occidentales, como ordenanza del valiente general don Ventura Caro; asistió al asalto del Castillo Piñón, y permaneció luego largo tiempo en las provincias del Norte, donde tomó la licencia absoluta. En Estella conoció a la señá Frasquita, que entonces sólo se llamaba Frasquita; la enamoró; se casó con ella, y se la llevó a Andalucía en busca de aquel molino que había de verlos tan pacíficos y dichosos durante el resto de su peregrinación por este valle de lágrimas y risas.

La señá Frasquita, pues, trasladada de Navarra a aquella soledad, no había adquirido ningún hábito andaluz, y se diferenciaba mucho de las mujeres campesinas de los contornos. Vestía con más sencillez, desenfado y elegancia que ellas; lavaba más sus carnes, y permitía al sol y al aire acariciar sus arremangados brazos y su descubierta garganta. Usaba, hasta cierto punto, el traje de las señoras de aquella época, el traje de las mujeres de Goya, el traje de la reina María Luisa: si no falda de medio paso, falda de un paso solo, sumamente corta, que dejaba ver sus menudos pies y el arranque de su soberana pierna; llevaba el escote redondo y bajo, al estilo de Madrid, donde se detuvo dos meses con su Lucas al trasladarse de Navarra a Andalucía; todo el pelo recogido en lo alto de la coronilla, lo cual dejaba campear la gallardía de su cabeza y de su cuello; sendas arracadas en las diminutas orejas, y muchas sortijas en los afilados dedos de sus duras pero limpias manos. Por último: la voz de la señá Frasquita tenía todos los tonos del más extenso y melodioso instrumento, y su carcajada era tan alegre y argentina, que parecía un repique de Sábado de Gloria.

Retratemos ahora al tío Lucas.

V: Un hombre visto por fuera y por dentro

El tío Lucas era más feo que Picio. Lo había sido toda su vida, y ya tenía cerca de cuarenta años. Sin embargo, pocos hombres tan simpáticos y agradables habrá echado Dios al mundo. Prendado de su viveza, de su ingenio y de su gracia, el difunto obispo se lo pidió a sus padres, que eran pastores, no de almas, sino de verdaderas ovejas. Muerto Su Ilustrísima, y dejado que hubo el mozo el seminario por el cuartel, distinguiolo entre todo su ejército el general Caro, y lo hizo su ordenanza más íntimo, su verdadero criado de campaña. Cumplido, en fin, el empeño militar, fuele tan fácil al tío Lucas rendir el corazón de la señá Frasquita, como fácil le había sido captarse el aprecio del general y del prelado. La navarra, que tenía a la sazón veinte abriles, y era el ojo derecho de todos los mozos de Estella, algunos de ellos bastante ricos, no pudo resistir a los continuos donaires, a las chistosas

ocurrencias, a los ojillos de enamorado mono y a la bufona y constante sonrisa, llena de malicia, pero también de dulzura, de aquel murciano tan atrevido, tan locuaz, tan avisado, tan dispuesto, tan valiente y tan gracioso, que acabó por trastornar el juicio, no sólo a la codiciada beldad, sino también a su padre y a su madre.

Lucas era en aquel entonces, y seguía siendo en la fecha a que nos referimos, de pequeña estatura (a los menos con relación a su mujer), un poco cargado de espaldas, muy moreno, barbilampiño, narigón, orejudo y picado de viruelas. En cambio, su boca era regular y su dentadura inmejorable. Dijérase que sólo la corteza de aquel hombre era tosca y fea; que tan pronto como empezaba a penetrarse dentro de él aparecían sus perfecciones, y que estas perfecciones principiaban en los dientes. Luego venía la voz, vibrante, elástica, atractiva; varonil y grave algunas veces, dulce y melosa cuando pedía algo, y siempre difícil de resistir. Llegaba después lo que aquella voz decía: todo oportuno, discreto, ingenioso, persuasivo... Y, por último, en el alma del tío Lucas había valor, lealtad, honradez, sentido común, deseo de saber y conocimientos instintivos o empíricos de muchas cosas, profundo desdén a los necios, cualquiera que fuese su categoría social, y cierto espíritu de ironía, de burla y de sarcasmo, que le hacían pasar, a los ojos del académico, por un don Francisco de Quevedo en bruto.

Tal era por dentro y por fuera el tío Lucas.

VI: Habilidades de los dos cónyuges

Pág. 06 de 36

Amaba, pues, locamente la señá Frasquita al tío Lucas, y considerábase la mujer más feliz del mundo al verse adorada por él. No tenían hijos, según que ya sabemos, y habíase consagrado cada uno a cuidar y mimar al otro con esmero indecible, pero sin que aquella tierna solicitud ostentase el carácter sentimental y empalagoso, por lo zalamero, de casi todos los matrimonios sin sucesión. Al contrario, tratábanse con una llaneza, una alegría, una broma y una confianza semejantes a las de aquellos niños, camaradas de juegos y de diversiones, que se quieren con toda el alma sin decírselo jamás, ni darse a sí mismos cuenta de lo que sienten.

¡Imposible que haya habido sobre la tierra molinero mejor peinado, mejor vestido, más regalado en la mesa, rodeado de más comodidades en su casa, que el tío Lucas! ¡Imposible que ninguna molinera ni ninguna reina haya sido objeto de tantas atenciones, de tantos agasajos, de tantas finezas como la señá Frasquita! ¡Imposible también que ningún molino haya encerrado tantas cosas necesarias, útiles, agradables, recreativas y hasta superfluas, como el que va a servir de teatro a casi toda la presente historia!

Contribuía mucho a ello que la señá Frasquita, la pulcra, hacendosa, fuerte y saludable navarra, sabía, quería y podía guisar, coser, bordar, barrer, hacer dulce, lavar, planchar, blanquear la casa, fregar el cobre, amasar, tejer, hacer media, cantar, bailar, tocar la guitarra y los palillos, jugar a la brisca y al tute, y otras muchísimas cosas cuya relación fuera interminable. Y contribuía no menos al mismo resultado el que el tío Lucas sabía, quería y podía dirigir la molienda, cultivar el campo, cazar, pescar, trabajar de carpintero, de herrero y de albañil, ayudar a su mujer en todos los quehaceres de la casa, leer, escribir, contar, etc., etc.

Y esto sin hacer mención de los ramos de lujo, o sea, de sus habilidades extraordinarias...

Por ejemplo: el tío Lucas adoraba las flores (lo mismo que su mujer), y era floricultor tan consumado, que había conseguido producir ejemplares nuevos por medio de laboriosas combinaciones. Tenía algo de ingeniero natural, y lo había demostrado construyendo una presa, un sifón y un acueducto que triplicaron el agua del molino. Había enseñado a bailar a un perro, domesticado una culebra, y hecho que un loro diese la hora por medio de gritos, según las iba marcando un reloj de sol que el Molinero había trazado en una pared; de cuyas resultas, el loro daba ya la hora con toda precisión, hasta en los días nublados y durante la noche. Finalmente: en el molino había una huerta, que producía toda clase de frutas y legumbres; un estanque encerrado en una especie de kiosko de jazmines, donde se bañaban en verano el tío Lucas y la señá Frasquita; un jardín; una estufa o invernadero para las plantas exóticas; una fuente de agua potable; dos burras, en que el matrimonio iba a la ciudad o a los pueblos de las cercanías; gallinero, palomar, pajarera, criadero de peces, criadero de gusanos de seda; colmenas, cuyas abejas libaban en los jazmines; jaraíz o lagar, con su bodega correspondiente, ambas cosas en miniatura; horno, telar, fragua, taller de carpintería, etc., etc.; todo ello reducido a una casa de ocho habitaciones y a dos fanegas de tierra, y tasado en la cantidad de diez mil reales.

VII: El fondo de la felicidad

Pág. 07 de 36

Adorábanse, sí, locamente el Molinero y la Molinera, y aun se hubiera creído que ella lo quería más a él que él a ella, no obstante ser él tan feo y ella tan hermosa. Dígolo porque la señá Frasquita solía tener celos y pedirle cuentas al tío Lucas cuando éste tardaba mucho en regresar de la ciudad o de los pueblos adonde iba por grano, mientras que el tío Lucas veía hasta con gusto las atenciones de que era objeto la señá Frasquita por parte de los señores que frecuentaban el molino; se ufanaba y regocijaba de que a todos les agradase tanto como a él; y, aunque comprendía que en el fondo del corazón se la envidiaban algunos de ellos, la codiciaban como simples mortales y hubieran dado cualquier cosa porque fuese menos mujer de bien, la dejaba sola días enteros sin el menor cuidado, y nunca le preguntaba luego qué había hecho ni quién había estado allí durante su ausencia...

No consistía aquello, sin embargo, en que el amor del tío Lucas fuese menos vivo que el de la señá Frasquita. Consistía en que él tenía más confianza en la virtud de ella que ella en la de él; consistía en que él la aventajaba en penetración, y sabía hasta qué punto era amado y cuánto se respetaba su mujer a sí misma; y consistía principalmente en que el tío Lucas era todo un hombre: un hombre como el de Shakespeare, de pocos e indivisibles sentimientos; incapaz de dudas; que creía o moría; que amaba o mataba; que no admitía gradación ni tránsito entre la suprema felicidad y el exterminio de su dicha.

Era, en fin, un Otelo de Murcia, con alpargatas y montera, en el primer acto de una tragedia posible... Pero ¿a qué estas notas lúgubres en una tonadilla tan alegre? ¿A qué estos relámpagos fatídicos en una atmósfera tan serena? ¿A qué estas actitudes melodramáticas en un cuadro de género?

Vais a saberlo inmediatamente.

VIII: El hombre del sombrero de tres picos

Eran las dos de una tarde de octubre.

El esquilón de la catedral tocaba a vísperas, lo cual equivale a decir que ya habían comido todas las personas principales de la ciudad.

Los canónigos se dirigían al coro, y los seglares a sus alcobas a dormir la siesta, sobre todo aquellos que, por razón de oficio, v. gr., las autoridades, habían pasado la mañana entera trabajando.

Era, pues, muy de extrañar que a aquella hora, impropia además para dar un paseo, pues todavía hacía demasiado calor, saliese de la ciudad, a pie, y seguido de un solo alguacil, el ilustre señor Corregidor de la misma, a quien no podía confundirse con ninguna otra persona, ni de día ni de noche, así por la enormidad de su sombrero de tres picos y por lo vistoso de su capa de grana, como por lo particularísimo de su grotesco donaire...

De la capa de grana y del sombrero de tres picos, son muchas todavía las personas que pudieran hablar con pleno conocimiento de causa. Nosotros entre ellas, lo mismo que todos los nacidos en aquella ciudad en las postrimerías del reinado del señor don Fernando VII, recordamos haber visto colgados de un clavo, único adorno de desmantelada pared, en la ruinosa torre de la casa que habitó Su Señoría (torre destinada a la sazón a los infantiles juegos de sus nietos), aquellas dos anticuadas prendas, aquella capa y aquel sombrero, -el negro sombrero encima, y la roja capa debajo-, formando una especie de espectro del Absolutismo, una especie de sudario del Corregidor, una especie de caricatura retrospectiva de su poder, pintada con carbón y almagre, como tantas otras, por los párvulos constitucionales de la de 1837 que allí nos reuníamos; una especie, en fin, de espanta-pájaros, que en otro tiempo había sido espanta-hombres, y que hoy me da miedo de haber contribuido a escarnecer, paseándolo por aquella histórica ciudad, en días de Carnestolendas, en lo alto de un deshollinador, o sirviendo de disfraz irrisorio al idiota que más hacía reír a la plebe... ¡Pobre principio de autoridad! ¡Así te hemos puesto los mismos que hoy te invocamos tanto!

En cuanto al indicado grotesco donaire del señor Corregidor, consistía (dicen) en que era cargado de espaldas..., todavía más cargado de espaldas que el tío Lucas..., casi jorobado, por decirlo de una vez; de estatura menos que mediana; endeblillo; de mala salud; con las piernas arqueadas y una manera de andar sui generis (balanceándose de un lado a otro y de atrás hacia adelante), que sólo se puede describir con la absurda fórmula de que parecía cojo de los dos pies. En cambio (añade la tradición), su rostro era regular, aunque ya bastante arrugado por la falta absoluta de dientes y muelas; moreno verdoso, como el de casi todos los hijos de las Castillas; con grandes ojos obscuros, en que relampagueaban la cólera, el despotismo y la lujuria; con finas y traviesas facciones, que no tenían la expresión del valor personal, pero sí la de una malicia artera capaz de todo, y con cierto aire de satisfacción, medio aristocrático, medio libertino, que revelaba que aquel hombre habría sido, en su remota juventud, muy agradable y acepto a las mujeres, no obstante sus piernas y su joroba.

D. Eugenio de Zúñiga y Ponce de León (que así se llamaba Su Señoría) había nacido en Madrid, de familia ilustre; frisaría a la sazón en los cincuenta y cinco años, y llevaba cuatro de Corregidor en la ciudad de que tratamos, donde se casó, a poco de llegar, con la principalísima señora que diremos más adelante. Las medias de D. Eugenio (única parte que, además de los zapatos, dejaba ver de su vestido la extensísima capa de grana) eran blancas, y los zapatos negros, con hebilla de oro. Pero luego que el calor del campo lo obligó a desembozarse, vídose que llevaba

gran corbata de batista; chupa de sarga de color de tórtola, muy festoneada de ramillos verdes, bordados de realce; calzón corto, negro, de seda; una enorme casaca de la misma estofa que la chupa; espadín con guarnición de acero; bastón con borlas, y un respetable par de guantes (o quirotecas) de gamuza pajiza, que no se ponía nunca y que empuñaba a guisa de cetro.

El alguacil, que seguía veinte pasos de distancia al señor Corregidor, se llamaba Garduña, y era la propia estampa de su nombre. Flaco, agilísimo; mirando adelante y atrás y a derecha e izquierda al propio tiempo que andaba; de largo cuello; de diminuto y repugnante rostro, y con dos manos como dos manojos de disciplinas, parecía juntamente un hurón en busca de criminales, la cuerda que había de atarlos, y el instrumento destinado a su castigo.

El primer corregidor que le echó la vista encima, le dijo sin más informes: «Tú serás mi verdadero alguacil...» Y ya lo había sido de cuatro corregidores. Tenía cuarenta y ocho años, y llevaba sombrero de tres picos, mucho más pequeño que el de su señor (pues repetimos que el de éste era descomunal), capa negra como las medias y todo el traje, bastón sin borlas, y una especie de asador por espada.

Aquel espantajo negro parecía la sombra de su vistoso amo.

IX: ¡Arre, burra!

Pág. 09 de 36

El sombrero de tres picos

Por dondequiera que pasaban el personaje y su apéndice, los labradores dejaban sus faenas y se descubrían hasta los pies, con más miedo que respeto; después de lo cual decían en voz baja:

-¡Temprano va esta tarde el señor Corregidor a ver a la señá Frasquita!

-¡Temprano... y solo! -añadían algunos, acostumbrados a verlo siempre dar aquel paseo en compañía de otras varias personas.

-Oye, tú, Manuel: ¿por qué irá solo esta tarde el señor Corregidor a ver a la navarra? -le preguntó una lugareña a su marido, el cual la llevaba a grupas en la bestia.

Y, al mismo tiempo que la pregunta, le hizo cosquillas por vía del retintín.

-¡No seas mal pensada, Josefa! -exclamó el buen hombre-. La señá Frasquita es incapaz...

-No digo lo contrario... Pero el Corregidor no es por eso incapaz de estar enamorado de ella... Yo he oído decir que, de todos los que van a las francachelas del molino, el único que lleva mal fin es ese madrileño tan aficionado a faldas...

-¿Y qué sabes tú si es o no aficionado a faldas? -preguntó a su vez el marido.

-No lo digo por mí... ¡Ya se hubiera guardado, por más Corregidor que sea, de decirme los ojos tienes negros!

La que así hablaba era fea en grado superlativo.

-Pues mira, hija, ¡allá ellos! -replicó el llamado Manuel-. Yo no creo al tío Lucas hombre de consentir... ¡Bonito genio tiene el tío Lucas cuando se enfada!...

-Pero, en fin, ¡si ve que le conviene!... -añadió la tía Josefa, retorciendo el hocico.

-El tío Lucas es hombre de bien... -repuso el lugareño-; y a un hombre de bien nunca pueden convenirle ciertas cosas...

-Pues entonces, tienes razón. ¡Allá ellos! ¡Si yo fuera la señá Frasquita!...

-¡Arre, burra! -gritó el marido, para mudar de conversación.

Y la burra salió al trote; con lo que no pudo oírse el resto del diálogo.

X: Desde la parra

Mientras así discurrían los labriegos que saludaban al señor Corregidor, la señá Frasquita regaba y barría cuidadosamente la plazoletilla empedrada que servía de atrio o compás al molino, y colocaba media docena de sillas debajo de lo más espeso del emparrado, en el cual estaba subido el tío Lucas, cortando los mejores racimos y arreglándolos artísticamente en una cesta.

-¡Pues sí, Frasquita! -decía el tío Lucas desde lo alto de la parra-: el señor Corregidor está enamorado de ti de muy mala manera...

-Ya te lo dije yo hace tiempo -contestó la mujer del Norte- ...Pero ¡déjalo que pene! ¡Cuidado, Lucas, no te vayas a caer!

-Descuida: estoy bien agarrado... También le gustas mucho al señor...

-¡Mira! ¡No me des más noticias! -interrumpió ella-. ¡Demasiado sé yo a quién le gusto y a quién no le gusto! ¡Ojalá supiera del mismo modo por qué no te gusto a ti!

-¡Toma! Porque eres muy fea... -contestó el tío Lucas.

-Pues, oye..., ¡fea y todo, soy capaz de subir a la parra y echarte de cabeza al suelo!...

-Más fácil sería que yo no te dejase bajar de la parra sin comerte viva...

-¡Eso es!... ¡Y cuando vinieran mis galanes y nos viesen ahí, dirían que éramos un mono y una mona!...

-Y acertarían; porque tú eres muy mona y muy rebonita, y yo parezco un mono con esta joroba...

-Que a mí me gusta muchísimo...

-Entonces te gustará más la del Corregidor, que es mayor que la mía...

-¡Vamos! ¡Vamos! Sr. D. Lucas... ¡No tenga V. tantos celos!

-¿Celos yo de ese viejo petate? ¡Al contrario; me alegro muchísimo de que te quiera!...

-¿Por qué?

-Porque en el pecado lleva la penitencia. ¡Tú no has de quererlo nunca, y yo soy entretanto el verdadero Corregidor de la ciudad!

-¡Miren el vanidoso! Pues figúrate que llegase a quererlo... ¡Cosas más raras se ven en el mundo!

-Tampoco me daría gran cuidado...

-¿Por qué?

-¡Porque entonces tú no serías ya tú; y, no siendo tú quien eres, o como yo creo que eres, maldito lo que me importaría que te llevasen los demonios!

-Pues bien; ¿qué harías en semejante caso?

-¿Yo? ¡Mira lo que no sé!... Porque, como entonces yo sería otro y no el que soy ahora, no puedo figurarme lo que pensaría...

-¿Y por qué serías entonces otro? -insistió valientemente la señá Frasquita, dejando de barrer y poniéndose en jarras para mirar hacia arriba.

El tío Lucas se rascó la cabeza, como si escarbara para sacar de ella alguna idea muy profunda, hasta que al fin dijo con más seriedad y pulidez que de costumbre:

-Sería otro porque yo soy ahora un hombre que cree en ti como en sí mismo, y que no tiene más vida que esta fe. De consiguiente, al dejar de creer en ti, me moriría o me convertiría en un nuevo hombre; viviría de otro modo; me parecería que acababa de nacer; tendría otras entrañas. Ignoro, pues, lo que haría entonces contigo... Puede que me echara a reír y te volviera la espalda... Puede que ni siquiera te conociese... Puede que... Pero ¡vaya un gusto que tenemos en ponernos de mal humor sin necesidad! ¿Qué nos importa a nosotros que te quieran todos los corregidores del mundo? ¿No eres tú mi Frasquita?

-¡Sí, pedazo de bárbaro! -contestó la navarra, riendo a más no poder-. Yo soy tu Frasquita, y tú eres mi Lucas de mi alma, más feo que el bu, con más talento que todos los hombres, más bueno que el pan, y más querido... ¡Ah! ¡lo que es eso de querido, cuando bajes de la parra lo verás! ¡Prepárate a llevar más bofetadas y pellizcos que pelos tienes en la cabeza! Pero, ¡calla! ¿Qué es lo que veo? El señor Corregidor viene por allí completamente solo... ¡Y tan tempranito!... Ése trae plan... ¡Por lo visto, tú tenías razón!...

-Pues aguántate, y no le digas que estoy subido en la parra. ¡Ése viene a declararse a solas contigo, creyendo pillarme durmiendo la siesta!... Quiero divertirme oyendo su explicación. Así dijo el tío Lucas, alargando la cesta a su mujer.

-¡No está mal pensado! -exclamó ella, lanzando nuevas carcajadas-. ¡El demonio del madrileño! ¿Qué se habrá creído que es un Corregidor para mí? Pero aquí llega... Por cierto que Garduña, que lo seguía a alguna distancia, se ha sentado en la ramblilla a la sombra... ¡Qué majadería! Ocúltate tú bien entre los pámpanos, que nos vamos a reír más de lo que te figuras...

Y, dicho esto, la hermosa navarra rompió a cantar el fandango, que ya le era tan familiar como las canciones de su tierra.

XI: El bombardeo de Pamplona

-Dios te guarde, Frasquita... -dijo el Corregidor a media voz, apareciendo bajo el emparrado y andando de puntillas.

-¡Tanto bueno, señor Corregidor! -respondió ella en voz natural, haciéndole mil reverencias-. ¡Usía por aquí a estas horas! ¡Y con el calor que hace! ¡Vaya, siéntese Su Señoría!... Esto está fresquito. ¿Cómo no ha aguardado Su Señoría a los demás señores? Aquí tienen ya preparados sus asientos... Esta tarde esperamos al señor Obispo en persona, que le ha prometido a mi Lucas venir a probar las primeras uvas de la parra. ¿Y cómo lo pasa Su Señoría? ¿Cómo está la Señora?

El Corregidor se había turbado. La ansiada soledad en que encontraba a la seña Frasquita le parecía un sueño, o un lazo que le tendía la enemiga suerte para hacerle caer en el abismo de un desengaño. Limitose, pues, a contestar:

-No es tan temprano como dices... Serán las tres y media...

El loro dio en aquel momento un chillido.

-Son las dos y cuarto -dijo la navarra, mirando de hito en hito al madrileño.

Éste calló, como reo convicto que renuncia a la defensa.

-¿Y Lucas? ¿Duerme? -preguntó al cabo de un rato.

(Debemos advertir aquí que el Corregidor, lo mismo que todos los que no tienen dientes, hablaba con una pronunciación floja y sibilante, como si se estuviese comiendo sus propios labios.)

-¡De seguro! -contestó la seña Frasquita-. En llegando estas horas se queda dormido donde primero le coge, aunque sea en el borde de un precipicio...

-Pues, mira... ¡déjalo dormir!... -exclamó el viejo Corregidor, poniéndose más pálido de lo que ya era-. Y tú, mi querida Frasquita, escúchame..., oye..., ven acá... ¡Siéntate aquí, a mi lado!... Tengo muchas cosas que decirte...

-Ya estoy sentada -respondió la Molinera, agarrando una silla baja y plantándola delante del Corregidor, a cortísima distancia de la suya.

Sentado que se hubo, Frasquita echó una pierna sobre la otra, inclinó el cuerpo hacia adelante, apoyó un codo sobre la rodilla cabalgadora, y la fresca y hermosa cara en una de sus manos; y así, con la cabeza un poco ladeada, la sonrisa en los labios, los cinco hoyos en actividad, y las serenas pupilas clavadas en el Corregidor, aguardó la

declaración de Su Señoría. Hubiera podido comparársela con Pamplona esperando un bombardeo.

El pobre hombre fue a hablar, y se quedó con la boca abierta, embelesado ante aquella grandiosa hermosura, ante aquella esplendidez de gracias, ante aquella formidable mujer, de alabastrino color, de lujosas carnes, de limpia y riente boca, de azules e insondables ojos, que parecía creada por el pincel de Rubens.

-¡Frasquita!... -murmuró al fin el delegado del Rey, con acento desfallecido, mientras que su marchito rostro, cubierto de sudor, destacándose sobre su joroba, expresaba una inmensa angustia-. ¡Frasquita!...

-¡Me llamo! -contestó la hija de los Pirineos-. ¿Y qué?

-Lo que tú quieras... -repuso el viejo con una ternura sin límites.

-Pues lo que yo quiero... -dijo la Molinera-, ya lo sabe Usía. Lo que yo quiero es que Usía nombre secretario del ayuntamiento de la ciudad a un sobrino mío que tengo en Estella..., y que así podrá venirse de aquellas montañas, donde está pasando muchos apuros...

-Te he dicho, Frasquita, que eso es imposible. El secretario actual...

-¡Es un ladrón, un borracho y un bestia!

-Ya lo sé... Pero tiene buenas aldabas entre los regidores perpetuos, y yo no puedo nombrar otro sin acuerdo del cabildo. De lo contrario, me expongo...

-¡Me expongo!... ¡Me expongo!... ¿A qué no nos expondríamos por Vuestra Señoría hasta los gatos de esta casa?

-¿Me querrías a ese precio? -tartamudeó el Corregidor.

-No, señor; que lo quiero a Usía de balde.

-¡Mujer, no me des tratamiento! Háblame de V. o como se te antoje... ¿Conque vas a quererme? Di.

-¿No le digo a V. que lo quiero ya?

-Pero...

-No hay pero que valga. ¡Verá V. qué guapo y qué hombre de bien es mi sobrino!

-¡Tú sí que eres guapa, Frascuela!...

-¿Le gusto a V.?

-¡Que si me gustas!... ¡No hay mujer como tú!

-Pues mire V.... Aquí no hay nada postizo... -contestó la señá Frasquita, acabando de arrollar la manga de su jubón, y mostrando al Corregidor el resto de su brazo, digno de una cariátide y más blanco que una azucena.

-¡Que si me gustas!... -prosiguió el Corregidor-. ¡De día, de noche, a todas horas, en todas partes, sólo pienso en ti!...

-¡Pues, qué! ¿No le gusta a V. la señora Corregidora? -preguntó la señá Frasquita con tan mal fingida compasión, que hubiera hecho reír a un hipocondríaco-. ¡Qué lástima! Mi Lucas me ha dicho que tuvo el gusto de verla y de hablarle cuando fue a componerle a V. el reloj de la alcoba, y que es muy guapa, muy buena y de un trato muy cariñoso.

-¡No tanto! ¡No tanto! -murmuró el Corregidor con cierta amargura.

-En cambio, otros me han dicho -prosiguió la Molinera- que tiene muy mal genio, que es muy celosa y que V. le tiembla más que a una vara verde...

-¡No tanto, mujer!... -repitió don Eugenio de Zúñiga y Ponce de León, poniéndose colorado-. ¡Ni tanto ni tan poco! La Señora tiene sus manías, es cierto...; mas de ello a hacerme temblar, hay mucha diferencia. ¡Yo soy el Corregidor!...

-Pero, en fin, ¿la quiere V., o no la quiere?

-Te diré... Yo la quiero mucho... o, por mejor decir, la quería antes de conocerte. Pero desde que te vi, no sé lo que me pasa, y ella misma conoce que me pasa algo... Bástete saber que hoy... tomarle, por ejemplo, la cara a mi mujer me hace la misma operación que si me la tomara a mí propio... ¡Ya ves, que no puedo quererla más ni sentir menos!... ¡Mientras que por coger esa mano, ese brazo, esa cara, esa cintura, daría lo que no tengo!

Y, hablando así, el Corregidor trató de apoderarse del brazo desnudo que la seña Frasquita le estaba refregando materialmente por los ojos; pero ésta, sin descomponerse, extendió la mano, tocó el pecho de Su Señoría con la pacífica violencia e incontrastable rigidez de la trompa de un elefante, y lo tiró de espaldas con silla y todo.

-¡Ave María Purísima! -exclamó entonces la navarra, riéndose a más no poder-. Por lo visto, esa silla estaba rota...

-¿Qué pasa ahí? -exclamó en esto el tío Lucas, asomando su feo rostro entre los pámpanos de la parra.

El Corregidor estaba todavía en el suelo boca arriba, y miraba con un terror indecible a aquel hombre que aparecía en los aires boca abajo. Hubiérase dicho que Su Señoría era el diablo, vencido, no por San Miguel, sino por otro demonio del Infierno.

-¿Qué ha de pasar? -se apresuró a responder la seña Frasquita-. ¡Que el señor Corregidor puso la silla en vago, fue a mecerse, y se ha caído!...

-¡Jesús, María y José! -exclamó a su vez el Molinero-. ¿Y se ha hecho daño Su Señoría? ¿Quiere un poco de agua y vinagre?

-¡No me he hecho nada! -dijo el Corregidor, levantándose como pudo.

Y luego añadió por lo bajo, pero de modo que pudiera oírlo la seña Frasquita:

-¡Me la pagaréis!

-Pues, en cambio, Su Señoría me ha salvado a mí la vida -repuso el tío Lucas sin moverse de lo alto de la parra-. Figúrate, mujer, que estaba yo aquí sentado contemplando las uvas, cuando me quedé dormido sobre una red de sarmientos y palos que dejaban claros suficientes para que pasase mi cuerpo... Por consiguiente, si la caída de Su Señoría no me hubiese despertado tan a tiempo, esta tarde me habría yo roto la cabeza contra esas piedras.

-Conque sí..., ¿eh?... -replicó el Corregidor-. Pues, ¡vaya, hombre!, me alegro... ¡Te digo que me alegro mucho de haberme caído!

-¡Me la pagarás! -agregó en seguida, dirigiéndose a la Molinera.

Y pronunció estas palabras con tal expresión de reconcentrada furia, que la señá Frasquita se puso triste. Veía claramente que el Corregidor se asustó al principio, creyendo que el Molinero lo había oído todo; pero que, persuadido ya de que no había oído nada (pues la calma y el disimulo del tío Lucas hubieran engañado al más lince), empezaba a abandonarse a toda su iracundia y a concebir planes de venganza.

-¡Vamos! ¡Bájate ya de ahí y ayúdame a limpiar a Su Señoría, que se ha puesto perdido de polvo! -exclamó entonces la Molinera.

Y, mientras el tío Lucas bajaba, díjole ella al Corregidor, dándole golpes con el delantal en la chupa y alguno que otro en las orejas:

-El pobre no ha oído nada... Estaba dormido como un tronco...

Más que estas frases, la circunstancia de haber sido dichas en voz baja, afectando complicidad y secreto, produjo un efecto maravilloso.

-¡Pícara! ¡Proterva! -balbuceó don Eugenio de Zúñiga con la boca hecha un agua, pero gruñendo todavía...

-¿Me guardará Usía rencor? -replicó la navarra zalameramente.

Viendo el Corregidor que la severidad le daba buenos resultados, intentó mirar a la señá Frasquita con mucha rabia; pero se encontró con su tentadora risa y sus divinos ojos, en los cuales brillaba la caricia de una súplica, y, derritiéndosele la gacha en el acto, le dijo con un acento baboso y silbante, en que se descubría más que nunca la ausencia total de dientes y muelas:

-¡De ti depende, amor mío!

En aquel momento se descolgó de la parra el tío Lucas.

XII: Diezmos y primicias

Pág. 12 de 36

El sombrero de tres picos

Repuesto el Corregidor en su silla, la Molinera dirigió una rápida mirada a su esposo, y viole, no sólo tan sosegado como siempre, sino reventando de ganas de reír por resultas de aquella ocurrencia: cambió con él desde lejos un beso tirado, aprovechando el primer descuido de don Eugenio, y díjole, en fin, a éste con una voz de sirena que le hubiera envidiado Cleopatra:

-¡Ahora va Su Señoría a probar mis uvas!

Entonces fue de ver a la hermosa navarra (y así la pintaría yo, si tuviese el pincel de Tiziano), plantada enfrente del embelesado Corregidor, fresca, magnífica, incitante, con sus nobles formas, con su angosto vestido, con su elevada estatura, con sus desnudos brazos levantados sobre la cabeza, y con un transparente racimo en cada mano, diciéndole, entre una sonrisa irresistible y una mirada suplicante en que titilaba el miedo:

-Todavía no las ha probado el señor Obispo... Son las primeras que se cogen este año...

Parecía una gigantesca Pomona, brindando frutos a un dios campestre; a un sátiro, v. gr.

En esto apareció al extremo de la plazoleta empedrada el venerable Obispo de la diócesis, acompañado del abogado académico y de dos canónigos de avanzada edad, y seguido de su secretario, de dos familiares y de dos pajes.

Detúvose un rato Su Ilustrísima a contemplar aquel cuadro tan cómico y tan bello, hasta que, por último, dijo, con el reposado acento propio de los prelados de entonces:

-El quinto, pagar diezmos y primicias a la Iglesia de Dios, nos enseña la doctrina cristiana; pero V., señor Corregidor, no se contenta con administrar el diezmo, sino que también trata de comerse las primicias.

-¡El señor Obispo! -exclamaron los Molineros, dejando al Corregidor y corriendo a besar el anillo al prelado.

-¡Dios se lo pague a Su Ilustrísima, por venir a honrar esta pobre choza! -dijo el tío Lucas, besando el primero, y con acento de muy sincera veneración.

-¡Qué señor Obispo tengo tan hermoso! -exclamó la señá Frasquita, besando después-. ¡Dios lo bendiga y me lo conserve más años que le conservó el suyo a mi Lucas!

-¡No sé qué falta puedo hacerte, cuando tú me echas las bendiciones, en vez de pedírmelas! -contestó riéndose el bondadoso pastor.

Y, extendiendo dos dedos, bendijo a la señá Frasquita y después a los demás circunstantes.

-¡Aquí tiene Usía Ilustrísima las primicias! -dijo el Corregidor, tomando un racimo de manos de la Molinera y presentándoselo cortésmente al Obispo-. Todavía no había yo probado las uvas...

El Corregidor pronunció estas palabras, dirigiendo de paso una rápida y cínica mirada a la espléndida hermosura de la Molinera.

-¡Pues no será porque estén verdes, como las de la fábula! -observó el académico.

-Las de la fábula -expuso el Obispo- no estaban verdes, señor licenciado; sino fuera del alcance de la zorra.

Ni el uno ni el otro habían querido acaso aludir al Corregidor; pero ambas frases fueron casualmente tan adecuadas a lo que acababa de suceder allí, que don Eugenio de Zúñiga se puso lívido de cólera, y dijo, besando el anillo del prelado:

-¡Eso es llamarme zorro, Señor Ilustrísimo!

-¡Tu dixisti! -replicó éste con la afable severidad de un santo, como diz que lo era en efecto-. Excusatio non petita, accusatio manifesta. Qualis vir, talis oratio. Pero satis jam dictum, nullus ultra sit sermo. O, lo que es lo mismo, dejémonos de latines, y veamos estas famosas uvas.

Y picó... una sola vez... en el racimo que le presentaba el Corregidor.

-¡Están muy buenas! -exclamó, mirando aquella uva al trasluz y alargándosela en seguida a su secretario-. ¡Lástima que a mí me sienten mal!

El secretario contempló también la uva; hizo un gesto de cortesana admiración, y la entregó a uno de los familiares.

El familiar repitió la acción del Obispo y el gesto del secretario, propasándose hasta oler la uva, y luego... la colocó en la cesta con escrupuloso cuidado, no sin decir en voz baja a la concurrencia:

-Su Ilustrísima ayuna...

El tío Lucas, que había seguido la uva con la vista, la cogió entonces disimuladamente, y se la comió sin que nadie lo viera.

Después de esto, sentáronse todos: hablose de la otoñada (que seguía siendo muy seca, no obstante haber pasado el cordonazo de San Francisco); discurriose algo sobre la probabilidad de una nueva guerra entre Napoleón y el Austria; insistiose en la creencia de que las tropas imperiales no invadirían nunca el territorio español; quejose el abogado de lo revuelto y calamitoso de aquella época, envidiando los tranquilos tiempos de sus padres (como sus padres habrían envidiado los de sus abuelos); dio las cinco el loro..., y, a una seña del reverendo Obispo, el menor de los pajes fue al coche episcopal (que se había quedado en la misma ramblilla que el alguacil), y volvió con una magnífica torta sobada, de pan de aceite, polvoreada de sal, que apenas haría una hora había salido del horno: colocose una mesilla en medio del concurso; descuartizose la torta; se dio su parte correspondiente, sin embargo de que se resistieron mucho, al tío Lucas y a la señá Frasquita..., y una igualdad verdaderamente democrática reinó durante media hora bajo aquellos pámpanos que filtraban los últimos resplandores del sol poniente...

XIII: Le dijo el grajo al cuervo

Pág. 13 de 36

Hora y media después todos los ilustres compañeros de merienda estaban de vuelta en la ciudad.

El señor Obispo y su familia habían llegado con bastante anticipación, gracias al coche, y hallábanse ya en palacio, donde los dejaremos rezando sus devociones.

El insigne abogado (que era muy seco) y los dos canónigos (a cual más grueso y respetable) acompañaron al Corregidor hasta la puerta del Ayuntamiento (donde Su Señoría dijo tener que trabajar), y tomaron luego el camino de sus respectivas casas, guiándose por las estrellas como los navegantes, o sorteando a tientas las esquinas, como los ciegos; pues ya había cerrado la noche, aún no había salido la luna, y el alumbrado público (lo mismo que las demás luces de este siglo) todavía estaba allí en la mente divina. En cambio, no era raro ver discurrir por algunas calles tal o cual linterna o farolillo con que respetuoso servidor alumbraba a sus magníficos amos, quienes se dirigían a la habitual tertulia o de visita a casa de sus parientes...

Cerca de casi todas las rejas bajas se veía (o se olfateaba, por mejor decir), un silencioso bulto negro. Eran galanes que, al sentir pasos, habían dejado por un momento de pelar la pava...

-¡Somos unos calaveras! -iban diciendo el abogado y los dos canónigos-. ¿Qué pensarán en nuestras casas al vernos llegar a estas horas?

-Pues ¿qué dirán los que nos encuentren en la calle, de este modo, a las siete y pico de la noche, como unos bandoleros amparados de las tinieblas?

-Hay que mejorar de conducta...

-¡Ah! Sí... ¡Pero ese dichoso molino!...

-Mi mujer lo tiene sentado en la boca del estómago... -dijo el académico, con un tono en que se traslucía mucho miedo a la próxima pelotera conyugal.

-Pues ¿y mi sobrina? -exclamó uno de los canónigos, que por cierto era penitenciario-. Mi sobrina dice que los sacerdotes no deben visitar comadres...

-Y, sin embargo -interrumpió su compañero, que era magistral-, lo que allí pasa no puede ser más inocente...

-¡Toma! ¡Como que va el mismísimo señor Obispo!

-Y luego, señores, ¡a nuestra edad!... -repuso el penitenciario-. Yo he cumplido ayer los setenta y cinco.

-¡Es claro! -replicó el magistral-. Pero hablemos de otra cosa: ¡qué guapa estaba esta tarde la señá Frasquita!

-¡Oh, lo que es eso...; como guapa, es guapa! -dijo el abogado, afectando imparcialidad.

-Muy guapa... -replicó el penitenciario dentro del embozo.

-Y si no -añadió el predicador de Oficio-, que se lo pregunten al Corregidor.

-¡El pobre hombre está enamorado de ella!...

-¡Ya lo creo! -exclamó el confesor de la catedral.

-¡De seguro! -agregó el académico correspondiente-. Conque, señores, yo tomo por aquí para llegar antes a casa... ¡Muy buenas noches!

-Buenas noches... -le contestaron los capitulares.

Y anduvieron algunos pasos en silencio.

-¡También le gusta a ése la Molinera! -murmuró entonces el magistral, dándole con el codo al penitenciario.

-¡Como si lo viera! -respondió éste, parándose a la puerta de su casa-. ¡Y qué bruto es! Conque, hasta mañana, compañero. Que le sienten a V. muy bien las uvas.

-Hasta mañana, si Dios quiere... Que pase V. muy buena noche.

-¡Buenas noches nos dé Dios! -rezó el penitenciario, ya desde el portal, que por más señas tenía farol y Virgen.

Y llamó a la aldaba.

Una vez solo en la calle, el otro canónigo (que era más ancho que alto, y que parecía que rodaba al andar) siguió avanzando lentamente hacia su casa; pero, antes de llegar a ella, cometió contra una pared cierta falta que en el porvenir había de ser objeto de un bando de policía, y dijo al mismo tiempo, pensando sin duda en su cofrade de coro:

-¡También te gusta a ti la señá Frasquita!... ¡Y la verdad es -añadió al cabo de un momento- que, como guapa, es guapa!

XIV: Los consejos de Garduña

Entretanto, el Corregidor había subido al Ayuntamiento, acompañado de Garduña, con quien mantenía hacía rato, en el salón de sesiones, una conversación más familiar de lo correspondiente a persona de su calidad y oficio.

-¡Crea Usía a un perro perdiguero que conoce la caza! -decía el innoble alguacil-. La señá Frasquita está perdidamente enamorada de Usía, y todo lo que Usía acaba de contarme contribuye a hacérmelo ver más claro que esa luz...

Y señalaba un velón de Lucena, que apenas si esclarecía la octava parte del salón.

-¡No estoy yo tan seguro como tú, Garduña! -contestó D. Eugenio, suspirando lánguidamente.

-¡Pues no sé por qué! Y, si no, hablemos con franqueza. Usía... (dicho sea con perdón) tiene una tacha en su cuerpo... ¿No es verdad?

-¡Bien, sí! -repuso el Corregidor-. Pero esa tacha la tiene también el tío Lucas. ¡Él es más jorobado que yo!

-¡Mucho más! ¡Muchísimo más!, ¡sin comparación de ninguna especie! Pero en cambio (y es a lo que iba), Usía tiene una cara de muy buen ver..., lo que se dice una bella cara..., mientras que el tío Lucas se parece al sargento Utrera, que reventó de feo.

El Corregidor sonrió con cierta ufanía.

-Además -prosiguió el alguacil-, la señá Frasquita es capaz de tirarse por una ventana con tal de agarrar el nombramiento de su sobrino...

-¡Hasta ahí estamos de acuerdo! ¡Ese nombramiento es mi única esperanza!

-¡Pues manos a la obra, señor! Ya le he explicado a Usía mi plan... ¡No hay más que ponerlo en ejecución esta misma noche!

-¡Te he dicho muchas veces que no necesito consejos! -gritó D. Eugenio, acordándose de pronto de que hablaba con un inferior.

-Creí que Usía me los había pedido... -balbuceó Garduña.

-¡No me repliques!

Garduña saludó.

-¿Conque decías -prosiguió el de Zúñiga, volviendo a amansarse-, que esta misma noche puede arreglarse todo eso? Pues ¡mira hijo!, me parece bien. ¡Qué diablos! ¡Así saldré pronto de esta cruel incertidumbre! Garduña guardó silencio.

El Corregidor se dirigió al bufete y escribió algunas líneas en un pliego de papel sellado, que selló también por su parte, guardándoselo luego en la faltriquera.

-¡Ya está hecho el nombramiento del sobrino! -dijo entonces tomando un polvo de rapé-. ¡Mañana me las compondré yo con los regidores..., y, o lo ratifican con un acuerdo, o habrá la de San Quintín! ¿No te parece que hago bien?

-¡Eso!, ¡eso! -exclamó Garduña entusiasmado, metiendo la zarpa en la caja del Corregidor y arrebatándole un polvo-. ¡Eso!, ¡eso! El antecesor de Usía no se paraba tampoco en barras. Cierta vez...

-¡Déjate de bachillerías! -repuso el Corregidor, sacudiéndole una guantada en la ratera mano-. Mi antecesor era una bestia, cuando te tuvo de alguacil. Pero vamos a lo que importa. Acabas de decirme que el molino del tío Lucas pertenece al término del lugarcillo inmediato, y no al de esta población... ¿Estás seguro de ello?

-¡Segurísimo! La jurisdicción de la ciudad acaba en la ramblilla donde yo me senté esta tarde a esperar que Vuestra Señoría... ¡Voto a Lucifer! ¡Si yo hubiera estado en su caso!

-¡Basta! -gritó D. Eugenio-. ¡Eres un insolente!

Y, cogiendo media cuartilla de papel, escribió una esquela, cerrola, doblándole un pico, y se la entregó a Garduña.

-Ahí tienes -le dijo al mismo tiempo- la carta que me has pedido para el alcalde del lugar. Tú le explicarás de palabra todo lo que tiene que hacer. ¡Ya ves que sigo tu plan al pie de la letra! ¡Desgraciado de ti si me metes en un callejón sin salida!

-¡No hay cuidado! -contestó Garduña-. El señor Juan López tiene mucho que temer, y en cuanto vea la firma de Usía, hará todo lo que yo le mande. ¡Lo menos le debe mil fanegas de grano al Pósito Real, y otro tanto al Pósito Pío!... Esto último contra toda ley, pues no es ninguna viuda ni ningún labrador pobre para recibir el trigo sin abonar creces ni recargo, sino un jugador, un borracho y un sinvergüenza muy amigo de faldas, que trae escandalizado al pueblecillo... ¡Y aquel hombre ejerce autoridad!... ¡Así anda el mundo!

-¡Te he dicho que calles! ¡Me estás distrayendo! -bramó el Corregidor-. Conque vamos al asunto -añadió luego mudando de tono-. Son las siete y cuarto... Lo primero que tienes que hacer es ir a casa y advertirle a la Señora que no me espere a cenar ni a dormir. Dile que esta noche me estaré trabajando aquí hasta la hora de la queda, y que después saldré de ronda secreta contigo, a ver si atrapamos a ciertos malhechores... En fin, engáñala bien para que se acueste descuidada. De camino, dile a otro alguacil que me traiga la cena... ¡Yo no me atrevo a aparecer esta noche delante de la Señora, pues me conoce tanto, que es capaz de leer en mis pensamientos! Encárgale a la cocinera que ponga unos pestiños de los que se hicieron hoy, y dile a Juanete que, sin que lo vea nadie, me alargue de la taberna medio cuartillo de vino blanco. En seguida te marchas al lugar, donde puedes hallarte muy bien a las ocho y media...

-¡A las ocho en punto estoy allí! -exclamó Garduña.

-¡No me contradigas! -rugió el Corregidor acordándose otra vez de lo que era. Garduña saludó.

-Hemos dicho- continuó aquél, humanizándose de nuevo- que a las ocho en punto estás en el lugar. Del lugar al molino habrá... Yo creo que habrá una media legua...

-Corta.

-¡No me interrumpas!

El alguacil volvió a saludar.

-Corta... -prosiguió el Corregidor-. Por consiguiente, a las diez... ¿Crees tú que a las diez?...

-¡Antes de las diez! ¡A las nueve y media puede Usía llamar descuidado a la puerta del molino!

-¡Hombre! ¡No me digas a mí lo que tengo que hacer!... Por supuesto que tú estarás...

-Yo estaré en todas partes... Pero mi cuartel general será la ramblilla. ¡Ah, se me olvidaba!... Vaya Usía a pie, y no lleve linterna...

-¡Maldita la falta que me hacían tampoco esos consejos! ¿Si creerás tú que es la primera vez que salgo a campaña?

-Perdone Usía... ¡Ah! Otra cosa. No llame Usía a la puerta grande que da a la plazoleta del emparrado, sino a la puertecilla que hay encima del caz...

-¿Encima del caz hay otra puerta? ¡Mira tú una cosa que nunca se me hubiera ocurrido!

-Sí, señor; la puertecilla del caz da al mismísimo dormitorio de los Molineros..., y el tío Lucas no entra ni sale nunca por ella. De forma que, aunque volviese de pronto...

-Comprendo, comprendo... ¡No me aturdas más los oídos!

-Por último: procure Usía escurrir el bulto antes del amanecer. Ahora amanece a las seis...

-¡Mira otro consejo inútil! A las cinco estaré de vuelta en mi casa... Pero bastante hemos hablado ya... ¡Quítate de mi presencia!

-Pues entonces, Señor..., ¡buena suerte! -exclamó el alguacil, alargando lateralmente una mano al Corregidor y mirando al techo al mismo tiempo.

El Corregidor puso en aquella mano una peseta, y Garduña desapareció como por ensalmo.

-¡Por vida de!... -murmuró el viejo al cabo de un instante-. ¡Se me ha olvidado decirle a ese bachillero que me trajesen también una baraja! ¡Con ella me hubiera entretenido hasta las nueve y media, viendo si me salía aquel solitario!...

XV: Despedida en prosa

Pág. 15 de 36

El sombrero de tres picos

Serían las nueve de aquella misma noche, cuando el tío Lucas y la señá Frasquita, terminadas todas las haciendas del molino y de la casa, se cenaron una fuente de ensalada de escarola, una libreja de carne guisada con tomate, y algunas uvas de las que quedaban en la consabida cesta; todo ello rociado con un poco de vino y con grandes risotadas a costa del Corregidor: después de lo cual miráronse afablemente los dos esposos, como muy contentos de Dios y de sí mismos, y se dijeron, entre un par de bostezos que revelaban toda la paz y tranquilidad de sus corazones:

-Pues, señor, vamos a acostarnos, y mañana será otro día.

En aquel momento sonaron dos fuertes y ejecutivos golpes aplicados a la puerta grande del molino.

El marido y la mujer se miraron sobresaltados.

Era la primera vez que oían llamar a su puerta a semejante hora.

-Voy a ver... -dijo la intrépida navarra, encaminándose hacia la plazoletilla.

-¡Quita! ¡Eso me toca a mí! -exclamó el tío Lucas con tal dignidad, que la señá Frasquita le cedió el paso-. ¡Te he dicho que no salgas! -añadió luego con dureza, viendo que la obstinada Molinera quería seguirle.

Ésta obedeció, y se quedó dentro de la casa.

-¿Quién es? -preguntó el tío Lucas desde en medio de la plazoleta.

-¡La justicia! -contestó una voz al otro lado del portón.

-¿Qué justicia?

-La del lugar. ¡Abra V. al señor alcalde!

El tío Lucas había aplicado entretanto un ojo a cierta mirilla muy disimulada que tenía el portón, y reconocido a la luz de la luna al rústico alguacil del lugar inmediato.

-¡Dirás que le abra al borrachón del alguacil! -repuso el Molinero, retirando la tranca.

-¡Es lo mismo... -contestó el de afuera-; pues que traigo una orden escrita de su Merced! Tenga V. muy buenas noches, tío Lucas... -agregó luego entrando, con voz menos oficial, más baja y más gorda, como si ya fuera otro hombre.

-¡Dios te guarde, Toñuelo! -respondió el murciano-. Veamos qué orden es ésa... ¡Y bien podía el señor Juan López escoger otra hora más oportuna de dirigirse a los hombres de bien! Por supuesto, que la culpa será tuya. ¡Como si lo viera, te has estado emborrachando en las huertas del camino! ¿Quieres un trago?

-No, señor; no hay tiempo para nada. Tiene V. que seguirme inmediatamente. Lea V. la orden.

-¿Cómo seguirte? -exclamó el tío Lucas, penetrando en el molino, después de tomar el papel-. ¡A ver, Frasquita, alumbra!

La señá Frasquita soltó una cosa que tenía en la mano, y descolgó el candil.

El tío Lucas miró rápidamente al objeto que había soltado su mujer, y reconoció su bocacha, o sea, un enorme trabuco que calzaba balas de a media libra.

El Molinero dirigió entonces a la navarra una mirada llena de gratitud y ternura, y le dijo, tomándole la cara:

-¡Cuánto vales!

La señá Frasquita, pálida y serena como una estatua de mármol, levantó el candil, cogido con dos dedos, sin que el más leve temblor agitase su pulso, y contestó secamente:

-¡Vaya, lee!

La orden decía así:

Para el mejor servicio de S. M. el Rey Nuestro Señor (Q. D. G.), prevengo a Lucas Fernández, molinero de estos vecinos, que tan luego como reciba la presente orden, comparezca ante mi autoridad sin excusa ni pretexto alguno; advirtiéndole que, por ser asunto reservado, no lo pondrá en conocimiento de nadie: todo ello bajo las penas correspondientes, caso de desobediencia. El Alcalde,

JUAN LÓPEZ

Y había una cruz en vez de rúbrica.

-Oye, tú: ¿Y qué es esto? -le preguntó el tío Lucas al alguacil-. ¿A qué viene esta orden?

-No lo sé... -contestó el rústico; hombre de unos treinta años, cuyo rostro esquinado y avieso, propio de ladrón o de asesino, daba muy triste idea de su sinceridad-. Creo que se trata de averiguar algo de brujería, o de moneda falsa... Pero la cosa no va con V.... Lo llaman como testigo o como perito. En fin, yo no me he enterado bien del particular... El señor Juan López se lo explicará a V. con más pelos y señales.

-¡Corriente! -exclamó el Molinero-. Dile que iré mañana.

-¡Ca, no, señor!... Tiene V. que venir ahora mismo, sin perder un minuto. Tal es la orden que me ha dado el señor alcalde.

Hubo un instante de silencio.

Los ojos de la señá Frasquita echaban llamas.

El tío Lucas no separaba los suyos del suelo, como si buscara alguna cosa.

-Me concederás cuando menos -exclamó, al fin, levantando la cabeza- el tiempo preciso para ir a la cuadra y aparejar una burra...

-¡Qué burra ni qué demontre! -replicó el alguacil-. ¡Cualquiera se anda a pie media legua! La noche está muy hermosa, y hace luna...

-Ya he visto que ha salido... Pero yo tengo los pies muy hinchados...

-Pues entonces no perdamos tiempo. Yo le ayudaré a V. a aparejar la bestia.

-¡Hola! ¡Hola! ¿Temes que me escape?

-Yo no temo nada, tío Lucas -respondió Toñuelo con la frialdad de un desalmado-. Yo soy la justicia.

Y, hablando así, descansó armas; con lo que dejó ver el retaco que llevaba debajo del capote.

-Pues mira, Toñuelo... -dijo la Molinera-. Ya que vas a la cuadra... a ejercer tu verdadero oficio..., hazme el favor de aparejar también la otra burra.

-¿Para qué? -interrogó el Molinero.

-¡Para mí! Yo voy con vosotros.

-¡No puede ser, señá Frasquita! -objetó el alguacil-. Tengo orden de llevarme a su marido de V. nada más, y de impedir que V. lo siga. En ello me van «el destino y el pescuezo». Así me lo advirtió el señor Juan López. Conque... vamos, tío Lucas.

Y se dirigió hacia la puerta.

-¡Cosa más rara! -dijo a media voz el murciano sin moverse.

-¡Muy rara! -contestó la señá Frasquita.

-Esto es algo... que yo me sé... -continuó murmurando el tío Lucas, de modo que no pudiese oírlo Toñuelo.

-¿Quieres que vaya yo a la ciudad -cuchicheó la navarra- y le dé aviso al Corregidor de lo que nos sucede?...

-¡No! -respondió en alta voz el tío Lucas-. ¡Eso no!

-¿Pues qué quieres que haga? -dijo la Molinera con gran ímpetu.

-Que me mires... -respondió el antiguo soldado.

Los dos esposos se miraron en silencio, y quedaron tan satisfechos ambos de la tranquilidad, la resolución y la energía que se comunicaron sus almas, que acabaron por encogerse de hombros y reírse. Después de esto, el tío Lucas encendió otro candil y se dirigió a la cuadra, diciendo al paso a Toñuelo con socarronería:

-¡Vaya, hombre! ¡Ven y ayúdame... supuesto que eres tan amable!

Toñuelo lo siguió, canturriando una copla entre dientes. Pocos minutos después, el tío Lucas salía del molino, caballero en una hermosa jumenta y seguido del alguacil.

La despedida de los esposos se había reducido a lo siguiente:

-Cierra bien... -dijo el tío Lucas.

-Embózate, que hace fresco... -dijo la señá Frasquita, cerrando con llave, tranca y cerrojo.

Y no hubo más adiós, ni más beso, ni más abrazo, ni más mirada.

¿Para qué?

XVI: Un ave de mal agüero

Pág. 16 de 36

El sombrero de tres picos

Sigamos por nuestra parte al tío Lucas.

Ya habían andado un cuarto de legua sin hablar palabra, el Molinero subido en la borrica y el alguacil arreándola con su bastón de autoridad, cuando divisaron delante de sí, en lo alto de un repecho que hacía el camino, la sombra de un enorme pajarraco que se dirigía hacia ellos.

Aquella sombra se destacó enérgicamente sobre el cielo, esclarecido por la luna, dibujándose en él con tanta precisión, que el Molinero exclamó en el acto:

-Toñuelo, ¡aquél es Garduña con su sombrero de tres picos y sus patas de alambre!

Mas, antes de que contestara el interpelado, la sombra, deseosa sin duda de eludir aquel encuentro, había dejado el camino y echado a correr a campo traviesa con la velocidad de una verdadera garduña.

-No veo a nadie... -respondió entonces Toñuelo con la mayor naturalidad.

-Ni yo tampoco -replicó el tío Lucas, comiéndose la partida.

Y la sospecha que ya se le ocurrió en el molino principió a adquirir cuerpo y consistencia en el espíritu receloso del jorobado.

-Este viaje mío -díjose interiormente- es una estratagema amorosa del Corregidor. La declaración que le oí esta tarde desde lo alto del emparrado me demuestra que el vejete madrileño no puede esperar más. Indudablemente, esta noche va a volver de visita al molino, y por eso ha principiado quitándome de en medio... Pero ¿qué importa? ¡Frasquita es Frasquita, y no abrirá la puerta aunque le peguen fuego a la casa!... Digo más: aunque la abriese; aunque el Corregidor lograse, por medio de cualquier ardid, sorprender a mi excelente navarra, el pícaro viejo saldría con las manos en la cabeza. ¡Frasquita es Frasquita! Sin embargo -añadió al cabo de un momento-, ¡bueno será volverme esta noche a casa lo más temprano que pueda!

Llegaron con esto al lugar el tío Lucas y el alguacil, y dirigiéronse a casa del señor alcalde.

XVII: Un alcalde de monterilla

Pág. 17 de 36

El señor Juan López, que como particular y como alcalde era la tiranía, la ferocidad y el orgullo personificados (cuando trataba con sus inferiores), dignábase, sin embargo, a aquellas horas, después de despachar los asuntos oficiales y los de su labranza y de pegarle a su mujer la cotidiana paliza, beberse un cántaro de vino en compañía del secretario y del sacristán, operación que iba más de mediada aquella noche cuando el Molinero compareció en su presencia.

-¡Hola, tío Lucas! -le dijo, rascándose la cabeza para excitar en ella la vena de los embustes-. ¿Cómo va de salud? ¡A ver, secretario: échele V. un vaso de vino al tío Lucas! ¿Y la señá Frasquita? ¿Se conserva tan guapa? ¡Ya hace mucho tiempo que no la he visto! Pero, hombre..., ¡qué bien sale ahora la molienda! ¡El pan de centeno parece de trigo candeal! Conque..., vaya... Siéntese V., y descanse; que, gracias a Dios, no tenemos prisa.

-¡Por mi parte, maldita aquélla! -contestó el tío Lucas, que hasta entonces no había despegado los labios, pero cuyas sospechas eran cada vez mayores al ver el amistoso recibimiento que se le hacía, después de una orden tan terrible y apremiante.

-Pues entonces, tío Lucas -continuó el alcalde-, supuesto que no tiene V. gran prisa, dormirá V. acá esta noche, y mañana temprano despacharemos nuestro asuntillo...

-Me parece bien... -respondió el tío Lucas con una ironía y un disimulo que nada tenían que envidiar a la diplomacia del Sr. Juan López-. Supuesto que la cosa no es urgente... pasaré la noche fuera de mi casa.

-Ni urgente, ni de peligro para V. -añadió el alcalde, engañado por aquél a quien creía engañar-. Puede V. estar completamente tranquilo. Oye tú, Toñuelo... Alarga esa media fanega para que se siente el tío Lucas.

-Entonces... ¡venga otro trago! -exclamó el Molinero, sentándose.

-¡Venga de ahí! -repuso el alcalde, alargándole el vaso lleno.

-Está en buena mano... Médielo V.

-¡Pues por su salud! -dijo el señor Juan López, bebiéndose la mitad del vino.

-Por la de V...., señor alcalde -replicó el tío Lucas, apurando la otra mitad.

-¡A ver, Manuela! -gritó entonces el alcalde de monterilla-. Dile a tu ama que el tío Lucas se queda a dormir aquí. Que le ponga una cabecera en el granero...

-¡Ca! No... ¡De ningún modo! Yo duermo en el pajar como un rey.

-Mire V. que tenemos cabeceras...

-¡Ya lo creo! Pero ¿a qué quiere V. incomodar a la familia? Yo traigo mi capote...

-Pues, señor, como V. guste. ¡Manuela!, dile a tu ama que no la ponga...

-Lo que sí va V. a permitirme -continuó el tío Lucas, bostezando de un modo atroz- es que me acueste en seguida. Anoche he tenido mucha molienda, y no he pegado todavía los ojos...

-¡Concedido! -respondió majestuosamente el alcalde-. Puede V. recogerse cuando quiera.

-Creo que también es hora de que nos recojamos nosotros -dijo el sacristán, asomándose al cántaro de vino para graduar lo que quedaba-. Ya deben ser las diez... o poco menos.

-Las diez menos cuartillo... -notificó el secretario, después de repartir en los vasos el resto del vino correspondiente a aquella noche.

-¡Pues a dormir, caballeros! -exclamó el anfitrión, apurando su parte.

-Hasta mañana, señores -añadió el Molinero, bebiéndose la suya.

-Espere V. que le alumbren... ¡Toñuelo! Lleva al tío Lucas al pajar.

-¡Por aquí, tío Lucas!... -dijo Toñuelo, llevándose también el cántaro, por si le quedaban algunas gotas.

-Hasta mañana, si Dios quiere -agregó el sacristán, después de escurrir todos los vasos.

Y se marchó, tambaleándose y cantando alegremente el De profundis.

....

-Pues, señor -díjole el alcalde al secretario cuando se quedaron solos-. El tío Lucas no ha sospechado nada. Nos podemos acostar descansadamente, y... ¡buena pro le haga al Corregidor!

XVIII: Donde se verá que el tío Lucas tenía el sueño muy ligero

Cinco minutos después, un hombre se descolgaba por la ventana del pajar del señor alcalde; ventana que daba a un corralón y que no distaría cuatro varas del suelo.

En el corralón había un cobertizo sobre una gran pesebrera, a la cual hallábanse atadas seis u ocho caballerías de diversa alcurnia, bien que todas ellas del sexo débil. Los caballos, mulos y burros del sexo fuerte formaban rancho aparte en otro local contiguo.

El hombre desató una borrica, que por cierto estaba aparejada, y se encaminó llevándola del diestro, hacia la puerta del corral; retiró la tranca y desechó el cerrojo que la aseguraban: abriola con mucho tiento, y se encontró en medio del campo.

Una vez allí, montó en la borrica, metiole los talones, y salió como una flecha con dirección a la ciudad; mas no por el carril ordinario, sino atravesando siembras y cañadas como quien se precave contra algún mal encuentro.

Era el tío Lucas, que se dirigía a su molino.

XIX: Voces clamantes in deserto

-¡Alcaldes a mí, que soy de Archena! -iba diciéndose el murciano-. ¡Mañana por la mañana pasaré a ver al señor Obispo, como medida preventiva, y le contaré todo lo que me ha ocurrido esta noche! ¡Llamarme con tanta prisa y reserva, y a hora tan desusada; decirme que venga solo; hablarme del servicio del Rey, y de moneda falsa, y de brujas, y de duendes, para echarme luego dos vasos de vino y mandarme a dormir!... ¡La cosa no puede ser más clara! Garduña trajo al lugar esas instrucciones de parte del Corregidor, y ésta es la hora en que el Corregidor estará ya en campaña contra mi mujer... ¡Quién sabe si me lo encontraré llamando a la puerta del molino! ¡Quién sabe si me lo encontraré ya dentro!... ¡Quién sabe...! Pero ¿qué voy a decir? ¡Dudar de mi navarra!... ¡Oh, esto es ofender a Dios! ¡Imposible que ella...! ¡Imposible que mi Frasquita...! ¡Imposible!... Mas ¿qué estoy diciendo? ¿Acaso hay algo imposible en el mundo? ¿No se casó conmigo, siendo ella tan hermosa y yo tan feo?

Y, al hacer esta última reflexión, el pobre jorobado se echó a llorar...

Entonces paró la burra para serenarse; se enjugó las lágrimas; suspiró hondamente; sacó los avíos de fumar; picó y lió un cigarro de tabaco negro; empuñó luego pedernal, yesca y eslabón, y al cabo de algunos golpes, consiguió encender candela.

En aquel mismo momento sintió rumor de pasos hacia el camino, que distaría de allí unas trescientas varas.

-¡Qué imprudente soy! -dijo-. ¡Si me andará buscando ya la justicia, y yo me habré vendido al echar estas yescas!

Escondió, pues, la lumbre, y se apeó, ocultándose detrás de la borrica.

Pero la borrica entendió las cosas de diferente modo, y lanzó un rebuzno de satisfacción.

-¡Maldita seas! -exclamó el tío Lucas, tratando de cerrarle la boca con las manos. Al propio tiempo resonó otro rebuzno en el camino, por vía de galante respuesta.

-¡Estamos aviados! -prosiguió pensando el Molinero-. ¡Bien dice el refrán: el mayor mal de los males es tratar con animales!

Y, así discurriendo, volvió a montar, arreó la bestia, y salió disparado en dirección contraria al sitio en que había sonado el segundo rebuzno.

Y lo más particular fue que la persona que iba en el jumento interlocutor, debió de asustarse del tío Lucas tanto como el tío Lucas se había asustado de ella. Lo digo, porque apartose también del camino recelando sin duda que fuese un alguacil o un malhechor pagado por D. Eugenio, y salió a escape por los sembrados de la otra banda.

El murciano, entretanto, continuó cavilando de este modo:

-¡Qué noche! ¡Qué mundo! ¡Qué vida la mía desde hace una hora! ¡Alguaciles metidos a alcahuetes; alcaldes que conspiran contra mi honra; burros que rebuznan cuando no es menester; y aquí, en mi pecho, un miserable corazón que se ha atrevido a dudar de la mujer más noble que Dios ha criado! ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Haz que llegue pronto a mi casa y que encuentre allí a mi Frasquita! Siguió caminando el tío Lucas, atravesando siembras y matorrales, hasta que al fin, a eso de las once de la noche, llegó sin novedad a la puerta grande del molino...

¡Condenación! ¡La puerta del molino estaba abierta!

XX: La duda y la realidad

El sombrero de tres picos

Estaba abierta... ¡y él, al marcharse, había oído a su mujer cerrarla con llave, tranca y cerrojo!

Por consiguiente, nadie más que su propia mujer había podido abrirla.

Pero ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿por qué? ¿De resultas de un engaño? ¿A consecuencia de una orden? ¿O bien deliberada y voluntariamente, en virtud de previo acuerdo con el Corregidor?

¿Qué iba a ver? ¿Qué iba a saber? ¿Qué le aguardaba dentro de su casa? ¿Se había fugado la señá Frasquita? ¿Se la habrían robado? ¿Estaría muerta? ¿O estaría en brazos de su rival?

-El Corregidor contaba con que yo no podría venir en toda la noche... -se dijo lúgubremente el tío Lucas-. El alcalde del lugar tendría orden hasta de encadenarme, antes que permitirme volver... ¿Sabía todo esto Frasquita? ¿Estaba en el complot? ¿O ha sido víctima de un engaño, de una violencia, de una infamia?

No empleó más tiempo el sin ventura en hacer todas estas crueles reflexiones que el que tardó en atravesar la plazoletilla del emparrado.

También estaba abierta la puerta de la casa, cuyo primer aposento (como en todas las viviendas rústicas) era la cocina...

Dentro de la cocina no había nadie.

Sin embargo, una enorme fogata ardía en la chimenea... ¡chimenea que él dejó apagada, y que no se encendía nunca hasta muy entrado el mes de diciembre!

Por último, de uno de los ganchos de la espetera pendía un candil encendido...

¿Qué significaba todo aquello? ¿Y cómo se compadecía semejante aparato de vigilia y de sociedad con el silencio de muerte que reinaba en la casa?

¿Qué había sido de su mujer?

Entonces, y sólo entonces, reparó el tío Lucas en unas ropas que había colgadas en los espaldares de dos o tres sillas puestas alrededor de la chimenea...

Fijó la vista en aquellas ropas, y lanzó un rugido intenso, que se le quedó atravesado en la garganta, convertido en sollozo mudo y sofocante.

Creyó el infortunado que se ahogaba, y se llevó las manos al cuello, mientras que, lívido, convulso, con los ojos desencajados, contemplaba aquella vestimenta, poseído de tanto horror como el reo en capilla a quien le presentan la hopa.

Porque lo que allí veía era la capa de grana, el sombrero de tres picos, la casaca y la chupa de color de tórtola, el calzón de seda negra, las medias blancas, los zapatos con hebilla y hasta el bastón, el espadín y los guantes del execrable Corregidor... ¡Lo que allí veía era la ropa de su ignominia, la mortaja de su honra, el sudario de su ventura!

El terrible trabuco seguía en el mismo rincón en que dos horas antes lo dejó la navarra...

El tío Lucas dio un salto de tigre y se apoderó de él. Sondeó el cañón con la baqueta, y vio que estaba cargado. Miró la piedra, y halló que estaba en su lugar.

Volviose entonces hacia la escalera que conducía a la cámara en que había dormido tantos años con la señá Frasquita, y murmuró sordamente:

-¡Allí están!

Avanzó, pues, un paso en aquella dirección; pero en seguida se detuvo para mirar en torno de sí y ver si alguien lo estaba observando...

-¡Nadie! -dijo mentalmente-. ¡Sólo Dios..., y Ése... ha querido esto!

Confirmada así la sentencia, fue a dar otro paso, cuando su errante mirada distinguió un pliego que había sobre la mesa...

Verlo, y haber caído sobre él, y tenerlo entre sus garras, fue todo cosa de un segundo.

¡Aquel papel era el nombramiento del sobrino de la señá Frasquita, firmado por D. Eugenio de Zúñiga y Ponce de León!

-¡Éste ha sido el precio de la venta! -pensó el tío Lucas, metiéndose el papel en la boca para sofocar sus gritos y dar alimento a su rabia-. ¡Siempre recelé que quisiera a su familia más que a mí! ¡Ah! ¡No hemos tenido hijos!... ¡He aquí la causa de todo!

Y el infortunado estuvo a punto de volver a llorar.

Pero luego se enfureció nuevamente, y dijo con un ademán terrible, ya que no con la voz:

-¡Arriba! ¡Arriba!

Y empezó a subir la escalera, andando a gatas con una mano, llevando el trabuco en la otra, y con el papel infame entre los dientes.

En corroboración de sus lógicas sospechas, al llegar a la puerta del dormitorio (que estaba cerrada), vio que salían algunos rayos de luz por las junturas de las tablas y por el ojo de la llave.

-¡Aquí están! -volvió a decir.

Y se paró un instante, como para pasar aquel nuevo trago de amargura.

Luego continuó subiendo... hasta llegar a la puerta misma del dormitorio.

Dentro de él no se oía ningún ruido.

-¡Si no hubiera nadie! -le dijo tímidamente la esperanza.

Pero en aquel mismo instante el infeliz oyó toser dentro del cuarto...

¡Era la tos medio asmática del Corregidor!

¡No cabía duda! ¡No había tabla de salvación en aquel naufragio!

El Molinero sonrió en las tinieblas de un modo horroroso. ¿Cómo no brillan en la obscuridad semejantes relámpagos? ¿Qué es todo el fuego de las tormentas comparado con el que arde a veces en el corazón del hombre?

Sin embargo, el tío Lucas (tal era su alma, como ya dijimos en otro lugar) principió a tranquilizarse, no bien oyó la tos de su enemigo...

La realidad le hacía menos daño que la duda. Según le anunció él mismo aquella tarde a la señá Frasquita, desde el punto y hora en que perdía la única fe que era vida de su alma, empezaba a convertirse en un hombre nuevo.

Semejante al moro de Venecia (con quien ya lo comparamos al describir su carácter), el desengaño mataba en él de un solo golpe todo el amor, transfigurando de paso la índole de su espíritu y haciéndole ver el mundo como una región extraña a que acabara de llegar. La única diferencia consistía en que el tío Lucas era por idiosincrasia menos trágico, menos austero y más egoísta que el insensato sacrificador de Desdémona.

¡Cosa rara, pero propia de tales situaciones! La duda, o sea, la esperanza (que para el caso es lo mismo) volvió todavía a mortificarle un momento... -¡Si me hubiera equivocado! -pensó-. ¡Si la tos hubiese sido de Frasquita!...

En la tribulación de su infortunio, olvidábasele que había visto las ropas del Corregidor cerca de la chimenea; que había encontrado abierta la puerta del molino; que había leído la credencial de su infamia... Agachose, pues, y miró por el ojo de la llave, temblando de incertidumbre y de zozobra.

El rayo visual no alcanzaba a descubrir más que un pequeño triángulo de cama, por la parte del cabecero... ¡Pero precisamente en aquel pequeño triángulo se veía un extremo de las almohadas, y sobre las almohadas la cabeza del Corregidor!

Otra risa diabólica contrajo el rostro del Molinero.

Dijérase que volvía a ser feliz...

-¡Soy dueño de la verdad!... ¡Meditemos! -murmuró, irguiéndose tranquilamente.

Y volvió a bajar la escalera con el mismo tiento que empleó para subirla...

-El asunto es delicado... Necesito reflexionar. Tengo tiempo de sobra para todo... -iba pensando mientras bajaba.

Llegado que hubo a la cocina, sentose en medio de ella, y ocultó la frente entre las manos.

Así permaneció mucho tiempo, hasta que lo despertó de su meditación un leve golpe que sintió en un pie...

Era el trabuco que se había deslizado de sus rodillas, y que le hacía aquella especie de seña...

-¡No! ¡Te digo que no! -murmuró el tío Lucas, encarándose con el arma-. ¡No me convienes! Todo el mundo tendría lástima de ellos..., ¡y a mí me ahorcarían! ¡Se trata de un Corregidor..., y matar a un Corregidor es todavía en España cosa indisculpable! Dirían que lo maté por infundados celos, y que luego lo desnudé y lo metí en mi cama... Dirían, además, que maté a mi mujer por simples sospechas... ¡Y me ahorcarían! ¡Vaya si me ahorcarían! ¡Además, yo habría dado muestras de tener muy poca alma, muy poco talento, si al remate de mi vida fuera digno de compasión! ¡Todos se reirían de mí! ¡Dirían que mi desventura era muy natural, siendo yo jorobado y Frasquita tan hermosa! ¡Nada, no! Lo que yo necesito es vengarme, y después de vengarme, triunfar, despreciar, reír, reírme mucho, reírme de todos..., evitando por tal medio que nadie pueda burlarse nunca de esta jiba que yo he llegado a hacer hasta envidiable, y que tan grotesca sería en una horca.

Así discurrió el tío Lucas, tal vez sin darse cuenta de ello puntualmente, y, en virtud de semejante discurso, colocó el arma en su sitio, y principió a pasearse con los brazos atrás y la cabeza baja, como buscando su venganza en el suelo, en la tierra, en las ruindades de la vida, en alguna bufonada ignominiosa y ridícula para su mujer y para el Corregidor, lejos de buscar aquella misma venganza en la justicia, en el desafío, en el perdón, en el Cielo..., como hubiera hecho en su lugar cualquier otro hombre de condición menos rebelde que la suya a toda imposición de la Naturaleza, de la sociedad o de sus propios sentimientos.

De repente, paráronse sus ojos en la vestimenta del Corregidor...

Luego se paró él mismo...

Después fue demostrando poco a poco en su semblante una alegría, un gozo, un triunfo indefinibles...; hasta que, por último, se echó a reír de una manera formidable..., esto es, a grandes carcajadas, pero sin hacer ningún ruido (a fin de que no lo oyesen desde arriba), metiéndose los puños por los ijares para no reventar, estremeciéndose todo como un epiléptico, y teniendo que concluir por dejarse caer en una silla hasta que le pasó aquella convulsión de sarcástico regocijo. Era la propia risa de Mefistófeles.

No bien se sosegó, principió a desnudarse con una celeridad febril; colocó toda su ropa en las mismas sillas que ocupaba la del Corregidor; púsose cuantas prendas pertenecían a éste, desde los zapatos de hebilla hasta el sombrero de tres picos; ciñose el espadín; embozose en la capa de grana; cogió el bastón y los guantes, y salió del molino y se encaminó a la ciudad, balanceándose de la propia manera que solía D. Eugenio de Zúñiga, y diciéndose de vez en cuando esta frase que compendiaba su pensamiento:

-¡También la Corregidora es guapa!

XXI: ¡En guardia, caballero!

Abandonemos por ahora al tío Lucas, y enterémonos de lo que había ocurrido en el molino desde que dejamos allí sola a la señá Frasquita hasta que su esposo volvió a él y se encontró con tan estupendas novedades. Una hora habría pasado después que el tío Lucas se marchó con Toñuelo, cuando la afligida navarra, que se había propuesto no acostarse hasta que regresara su marido, y que estaba haciendo calceta en su dormitorio, situado en el piso de arriba, oyó lastimeros gritos fuera de la casa, hacia el paraje, allí muy próximo, por donde corría el agua del caz.

-¡Socorro, que me ahogo! ¡Frasquita! ¡Frasquita!... -exclamaba una voz de hombre, con el lúgubre acento de la desesperación.

-¿Si será Lucas? -pensó la navarra, llena de un terror que no necesitamos describir.

En el mismo dormitorio había una puertecilla, de que ya nos habló Garduña, y que daba efectivamente sobre la parte alta del caz. Abriola sin vacilación la señá Frasquita por más que no hubiera reconocido la voz que pedía auxilio, y encontrose de manos a boca con el Corregidor, que en aquel momento salía todo chorreando de la impetuosísima acequia...

-¡Dios me perdone! ¡Dios me perdone! -balbuceaba el infame viejo-. ¡Creí que me ahogaba!

-¿Cómo? ¿Es V.? ¿Qué significa? ¿Cómo se atreve? ¿A qué viene V. a estas horas? -gritó la Molinera con más indignación que espanto, pero retrocediendo maquinalmente.

-¡Calla! ¡Calla, mujer! -tartamudeó el Corregidor, colándose en el aposento detrás de ella-. Yo te lo diré todo... ¡He estado para ahogarme! ¡El agua me llevaba ya como a una pluma! ¡Mira, mira, cómo me he puesto!

-¡Fuera, fuera de aquí! -replicó la señá Frasquita con mayor violencia-. ¡No tiene V. nada que explicarme!... ¡Demasiado lo comprendo todo! ¿Qué me importa a mí que V. se ahogue? ¿Lo he llamado yo a V.? ¡Ah! ¡Qué infamia! ¡Para esto ha mandado V. prender a mi marido!

-Mujer, escucha...

-¡No escucho! ¡Márchese V. inmediatamente, señor Corregidor!... ¡Márchese V., o no respondo de su vida!...

-¿Qué dices?

-¡Lo que V. oye! Mi marido no está en casa; pero yo me basto para hacerla respetar. ¡Márchese V. por donde ha venido, si no quiere que yo le arroje otra vez al agua con mis propias manos!

-¡Chica, chica! ¡No grites tanto, que no soy sordo! -exclamó el viejo libertino-. ¡Cuando yo estoy aquí, por algo será! Vengo a libertar al tío Lucas, a quien ha preso por equivocación un alcalde de monterilla... Pero, ante todo, necesito que me seques estas ropas... ¡Estoy calado hasta los huesos!

-¡Le digo a V. que se marche!

-¡Calla, tonta!... ¿Qué sabes tú?... Mira... aquí te traigo un nombramiento de tu sobrino... Enciende la lumbre, y hablaremos... Por lo demás, mientras se seca la ropa, yo me acostaré en esta cama...

-¡Ah, ya! ¿Conque declara V. que venía por mí? ¿Conque declara V. que para eso ha mandado arrestar a mi Lucas? ¿Conque traía V. su nombramiento y todo? ¡Santos y santas del cielo! ¿Qué se habrá figurado de mí este mamarracho?

-¡Frasquita! ¡Soy el Corregidor!

-¡Aunque fuera V. el rey! A mí ¿qué? ¡Yo soy la mujer de mi marido, y el ama de mi casa! ¿Cree V. que yo me asusto de los corregidores? ¡Yo sé ir a Madrid, y al fin del mundo, a pedir justicia contra el viejo insolente que así arrastra su autoridad por los suelos! Y, sobre todo, yo sabré mañana ponerme la mantilla, e ir a ver a la señora Corregidora...

-¡No harás nada de eso! -repuso el Corregidor, perdiendo la paciencia, o mudando de táctica-. No harás nada de eso; porque yo te pegaré un tiro, si veo que no entiendes de razones...

-¡Un tiro! -exclamó la señá Frasquita con voz sorda.

-Un tiro, sí... Y de ello no me resultará perjuicio alguno. Casualmente he dejado dicho en la ciudad que salía esta noche a caza de criminales... ¡Conque no seas necia... y quiéreme... como yo te adoro!

-Señor Corregidor: ¿un tiro? -volvió a decir la navarra echando los brazos atrás y el cuerpo hacia adelante, como para lanzarse sobre su adversario.

-Si te empeñas, te lo pegaré, y así me veré libre de tus amenazas y de tu hermosura... -respondió el Corregidor lleno de miedo y sacando un par de cachorrillos.

-¿Conque pistolas también? ¡Y en la otra faltriquera el nombramiento de mi sobrino! -dijo la señá Frasquita, moviendo la cabeza de arriba abajo-. Pues, señor, la elección no es dudosa. Espere Usía un momento, que voy a encender la lumbre.

Y, así hablando, se dirigió rápidamente a la escalera, y la bajó en tres brincos.

El Corregidor cogió la luz, y salió detrás de la Molinera, temiendo que se escapara; pero tuvo que bajar mucho más despacio, de cuyas resultas, cuando llegó a la cocina, tropezó con la navarra, que volvía ya en su busca.

-¿Conque decía V. que me iba a pegar un tiro? -exclamó aquella indomable mujer dando un paso atrás-. Pues, ¡en guardia, caballero; que yo ya lo estoy!

Dijo, y se echó a la cara el formidable trabuco que tanto papel representa en esta historia.

-¡Detente, desgraciada! ¿Qué vas a hacer? -gritó el Corregidor, muerto de susto-. Lo de mi tiro era una broma... Mira... los cachorrillos están descargados. En cambio, es verdad lo del nombramiento... Aquí lo tienes... Tómalo... Te lo regalo... Tuyo es..., de balde, enteramente de balde...

Y lo colocó temblando sobre la mesa.

-¡Ahí está bien! -repuso la navarra-. Mañana me servirá para encender la lumbre, cuando le guise el almuerzo a mi marido. ¡De V. no quiero ya ni la gloria; y, si mi sobrino viniese alguna vez de Estella, sería para pisotearle a V. la fea mano con que ha escrito su nombre en ese papel indecente! ¡Ea, lo dicho! ¡Márchese V. de mi casa! ¡Aire! ¡Aire! ¡Pronto!..., ¡que ya se me sube la pólvora a la cabeza!

El Corregidor no contestó a este discurso. Habíase puesto lívido, casi azul; tenía los ojos torcidos, y un temblor como de terciana agitaba todo su cuerpo. Por último, principió a castañetear los dientes, y cayó al suelo, presa de una convulsión espantosa.

El susto del caz, lo muy mojadas que seguían todas sus ropas, la violenta escena del dormitorio, y el miedo al trabuco con que le apuntaba la navarra habían agotado las fuerzas del enfermizo anciano.

-¡Me muero! -balbuceó-. ¡Llama a Garduña!... Llama a Garduña, que estará ahí..., en la ramblilla... ¡Yo no debo morirme en esta casa!...

No pudo continuar. Cerró los ojos y se quedó como muerto.

-¡Y se morirá como lo dice! -prorrumpió la señá Frasquita-. Pues señor, ¡ésta es la más negra! ¿Qué hago yo ahora con este hombre en mi casa? ¿Qué dirían de mí si se muriese? ¿Qué diría Lucas?... ¿Cómo podría justificarme, cuando yo misma le he abierto la puerta? ¡Oh, no!... Yo no debo quedarme aquí con él. ¡Yo debo buscar a mi marido; yo debo escandalizar el mundo antes de comprometer mi honra!

Tomada esta resolución, soltó el trabuco, fuese al corral, cogió la burra que quedaba en él, la aparejó de cualquier modo, abrió la puerta grande de la cerca, montó de un salto, a pesar de sus carnes, y se dirigió a la ramblilla.

-¡Garduña! ¡Garduña! -iba gritando la navarra, conforme se acercaba a aquel sitio.

-¡Presente! -respondió al cabo el alguacil, apareciendo detrás de un seto-. ¿Es V., señá Frasquita?

-Sí, yo soy. ¡Ve al molino, y socorre a tu amo, que se está muriendo!...

-¿Qué dice V.? ¡Vaya un maula!

-Lo que oyes, Garduña...

-¿Y V., alma mía? ¿Adónde va a estas horas?

-¿Yo?... ¡Quita allá, badulaque! ¡Yo voy... a la ciudad por un médico! -contestó la señá Frasquita, arreando la burra con un talonazo y a Garduña con un puntapié.

Y tomó... no el camino de la ciudad, como acababa de decir, sino el del lugar inmediato.

Garduña no reparó en esta última circunstancia, pues iba ya dando zancajadas hacia el molino y discurriendo al par de esta manera:

-¡Va por un médico!... ¡La infeliz no puede hacer más! ¡Pero él es un pobre hombre! ¡Famosa ocasión de ponerse malo!... ¡Dios le da confites a quien no puede roerlos!

XXII: Garduña se multiplica

Pág. 22 de 36

Cuando Garduña llegó al molino, el Corregidor principiaba a volver en sí, procurando levantarse del suelo.

En el suelo también, y a su lado, estaba el velón encendido que bajó Su Señoría del dormitorio.

-¿Se ha marchado ya? -fue la primera frase de D. Eugenio.

-¿Quién?

-¡El demonio!... Quiero decir, la Molinera...

-Sí, señor... Ya se ha marchado..., y no creo que iba de muy buen humor...

-¡Ay, Garduña! Me estoy muriendo...

-Pero ¿qué tiene Usía? ¡Por vida de los hombres!

-Me he caído en el caz, y estoy hecho una sopa... ¡Los huesos se me parten de frío!

-¡Toma, toma! ¡Ahora salimos con eso!

-¡Garduña!... ¡Ve lo que te dices!...

-Yo no digo nada, señor...

-Pues bien: sácame de este apuro...

-Voy volando... ¡Verá Usía qué pronto lo arreglo todo!

Así dijo el alguacil, y, en un periquete, cogió la luz con una mano, y con la otra se metió al Corregidor debajo del brazo; subiolo al dormitorio; púsolo en cueros; acostolo en la cama; corrió al jaraíz; reunió una brazada de leña; fue a la cocina; hizo una gran lumbre; bajó todas las ropas de su amo; colocolas en los espaldares de dos o tres sillas; encendió un candil; lo colgó de la espetera, y tornó a subir a la cámara.

-¿Qué tal vamos? -preguntó entonces a D. Eugenio, levantando en alto el velón para verle mejor el rostro.

-¡Admirablemente! ¡Conozco que voy a sudar! ¡Mañana te ahorco, Garduña!

-¿Por qué, señor?

-¿Y te atreves a preguntármelo? ¿Crees tú que, al seguir el plan que me trazaste, esperaba yo acostarme solo en esta cama, después de recibir por segunda vez el sacramento del bautismo? ¡Mañana mismo te ahorco!

-Pero cuénteme Usía algo... ¿La señá Frasquita?...

-La señá Frasquita ha querido asesinarme. ¡Es todo lo que he logrado con tus consejos! Te digo que te ahorco mañana por la mañana.

-¡Algo menos será, señor Corregidor! -repuso el alguacil.

-¿Por qué lo dices, insolente? ¿Porque me ves aquí postrado?

-No, señor. Lo digo, porque la señá Frasquita no ha debido de mostrarse tan inhumana como Usía cuenta, cuando ha ido a la ciudad a buscarle un médico...

-¡Dios santo! ¿Estás seguro de que ha ido a la ciudad? -exclamó D. Eugenio más aterrado que nunca.

-A lo menos, eso me ha dicho ella...

-¡Corre, corre, Garduña! ¡Ah! ¡Estoy perdido sin remedio! ¿Sabes a qué va la señá Frasquita a la ciudad? ¡A contárselo todo a mi mujer!... ¡A decirle que estoy aquí! ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo había yo de figurarme esto? ¡Yo creí que se habría ido al lugar en busca de su marido; y, como lo tengo allí a buen recaudo, nada me importaba su viaje! Pero ¡irse a la ciudad!... ¡Garduña, corre, corre..., tú que eres andarín, y evita mi perdición! ¡Evita que la terrible Molinera entre en mi casa!

-¿Y no me ahorcará Usía si lo consigo? -prosiguió irónicamente el alguacil.

-¡Al contrario! Te regalaré unos zapatos en buen uso, que me están grandes. ¡Te regalaré todo lo que quieras!

-Pues voy volando. Duérmase Usía tranquilo. Dentro de media hora estoy aquí de vuelta, después de dejar en la cárcel a la navarra. ¡Para algo soy más ligero que una borrica!

Dijo Garduña, y desapareció por la escalera abajo.

Se cae de su peso que, durante aquella ausencia del alguacil, fue cuando el Molinero estuvo en el molino y vio visiones por el ojo de la llave.

Dejemos, pues, al Corregidor sudando en el lecho ajeno, y a Garduña corriendo hacia la ciudad (adonde tan pronto había de seguirlo el tío Lucas con sombrero de tres picos y capa de grana), y, convertidos también nosotros en andarines, volemos con dirección al lugar, en seguimiento de la valerosa señá Frasquita.

XXIII: Otra vez el desierto y las consabidas voces

La única aventura que le ocurrió a la navarra en su viaje desde el molino al pueblo, fue asustarse un poco al notar que alguien echaba yescas en medio de un sembrado.

-¿Si será un esbirro del Corregidor? ¿Si irá a detenerme? -pensó la Molinera.

En esto se oyó un rebuzno hacia aquel mismo lado.

-¡Burros en el campo a estas horas! -siguió pensando la señá Frasquita-. Pues lo que es por aquí no hay ninguna huerta ni cortijo... ¡Vive Dios que los duendes se están despachando esta noche a su gusto! Porque la borrica de mi marido no puede ser... ¿Qué haría mi Lucas a medianoche, parado fuera del camino? ¡Nada!, ¡nada! ¡Indudablemente es un espía!

La burra que montaba la señá Frasquita creyó oportuno rebuznar también en aquel instante.

-¡Calla, demonio! -le dijo la navarra, clavándole un alfiler de a ochavo en mitad de la cruz.

Y, temiendo algún encuentro que no le conviniese, sacó también su bestia fuera del camino, y la hizo trotar por otros sembrados. Sin más accidente, llegó a las puertas del lugar, a tiempo que serían las once de la noche.

XXIV: Un Rey de entonces

Hallábase ya durmiendo la mona el señor alcalde, vuelta la espalda a la espalda de su mujer (y formando así con ésta la figura de águila austríaca de dos cabezas que dice nuestro inmortal Quevedo), cuando Toñuelo llamó a la puerta de la cámara nupcial, y avisó al Sr. Juan López que la señá Frasquita, la del molino, quería hablarle.

No tenemos para qué referir todos los gruñidos y juramentos inherentes al acto de despertar y vestirse el alcalde de monterilla, y nos trasladamos desde luego al instante en que la Molinera lo vio llegar, desperezándose como un gimnasta que ejercita la musculatura, y exclamando en medio de un bostezo interminable:

-¡Téngalas V. muy buenas, señá Frasquita! ¿Qué le trae a V. por aquí? ¿No le dijo a V. Toñuelo que se quedase en el molino? ¿Así desobedece V. a la autoridad?

-¡Necesito ver a mi Lucas! -respondió la navarra-. ¡Necesito verlo al instante! ¡Que le digan que está aquí su mujer!

-¡Necesito! ¡Necesito! Señora, ¡a V. se le olvida que está hablando con el Rey!...

-¡Déjeme V. a mí de reyes, Sr. Juan, que no estoy para bromas! ¡Demasiado sabe V. lo que me sucede! ¡Demasiado sabe para qué ha preso a mi marido!

-Yo no sé nada, seña Frasquita... Y en cuanto a su marido de V., no está preso, sino durmiendo tranquilamente en esta su casa, y tratado como yo trato a las personas. ¡A ver, Toñuelo! ¡Toñuelo! Anda al pajar, y dile al tío Lucas que se despierte y venga corriendo... Conque vamos... ¡cuénteme V. lo que pasa!... ¿Ha tenido V. miedo de dormir sola?

-¡No sea V. desvergonzado, señor Juan! ¡Demasiado sabe V. que a mí no me gustan sus bromas ni sus veras! ¡Lo que me pasa es una cosa muy sencilla: que V. y el señor Corregidor han querido perderme!, ¡pero que se han llevado solemne chasco! ¡Yo estoy aquí sin tener de qué abochornarme, y el señor Corregidor se queda en el molino muriéndose!...

-¡Muriéndose el Corregidor! -exclamó su subordinado-. Señora, ¿sabe V. lo que dice?

-¡Lo que V. oye! Se ha caído en el caz, y casi se ha ahogado, o ha cogido una pulmonía, o yo no sé... ¡Eso es cuenta de la Corregidora! Yo vengo a buscar a mi marido, sin perjuicio de salir mañana mismo para Madrid, donde le contaré al Rey...

-¡Demonio, demonio! -murmuró el Sr. Juan López-. ¡A ver, Manuela!... ¡Muchacha!... Anda y aparéjame la mulilla... Señá Frasquita, al molino voy... ¡Desgraciada de V. si le ha hecho algún daño al señor Corregidor!

-¡Señor alcalde, señor alcalde! -exclamó en esto Toñuelo, entrando más muerto que vivo-. El tío Lucas no está en el pajar. Su burra no se halla tampoco en los pesebres, y la puerta del corral está abierta... ¡De modo que el pájaro se ha escapado!

-¿Qué estás diciendo? -gritó el señor Juan López.

-¡Virgen del Carmen! ¿Qué va a pasar en mi casa? -exclamó la señá Frasquita-. ¡Corramos, señor alcalde; no perdamos tiempo!... Mi marido va a matar al Corregidor al encontrarlo allí a estas horas...

-¿Luego V. cree que el tío Lucas está en el molino?

-¿Pues no lo he de creer? Digo más...: cuando yo venía me he cruzado con él sin conocerlo. ¡Él era sin duda uno que echaba yescas en medio de un sembrado! ¡Dios mío! ¡Cuando piensa una que los animales tienen más entendimiento que las personas! Porque ha de saber V., señor Juan, que indudablemente nuestras dos burras se reconocieron y se saludaron, mientras que mi Lucas y yo ni nos saludamos ni nos reconocimos... ¡Antes bien huimos el uno del otro, tomándonos mutuamente por espías...!

-¡Bueno está su Lucas de V.! -replicó el alcalde-. En fin, vamos andando y ya veremos lo que hay que hacer con todos Vds. ¡Conmigo no se juega! ¡Yo soy el Rey!... Pero no un rey como el que ahora tenemos en Madrid, o sea, en El Pardo, sino como aquél que hubo en Sevilla, a quien llamaban D. Pedro el Cruel. ¡A ver, Manuela! ¡Tráeme el bastón, y dile a tu ama que me marcho!

Obedeció la sirvienta (que era por cierto más buena moza de lo que convenía a la alcaldesa y a la moral) y, como la mulilla del Sr. Juan López estuviese ya aparejada, la señá Frasquita y él salieron para el molino, seguidos del indispensable Toñuelo.

XXV: La estrella de Garduña

Pág. 25 de 36

El sombrero de tres picos

Precedámosles nosotros, supuesto que tenemos carta blanca para andar más de prisa que nadie.

Garduña se hallaba ya de vuelta en el molino, después de haber buscado a la señá Frasquita por todas las calles de la ciudad.

El astuto alguacil había tocado de camino en el Corregimiento, donde lo encontró todo muy sosegado. Las puertas seguían abiertas como en medio del día, según es costumbre cuando la autoridad está en la calle ejerciendo sus sagradas funciones. Dormitaban en la meseta de la escalera y en el recibimiento otros alguaciles y ministros, esperando descansadamente a su amo; mas, cuando sintieron llegar a Garduña, desperezáronse dos o tres de ellos, y le preguntaron al que era su decano y jefe inmediato:

-¿Viene ya el señor?

-¡Ni por asomo! Estaos quietos. Vengo a saber si ha habido novedad en la casa...

-Ninguna.

-¿Y la Señora?

-Recogida en sus aposentos.

-¿No ha entrado una mujer por estas puertas hace poco?

-Nadie ha aparecido por aquí en toda la noche...

-Pues no dejéis entrar a persona alguna, sea quien sea y diga lo que diga. ¡Al contrario! Echadle mano al mismo lucero del alba que venga a preguntar por el Señor o por la Señora, y llevadlo a la cárcel.

-¿Parece que esta noche se anda a caza de pájaros de cuenta? -preguntó uno de los esbirros.

-¡Caza mayor! -añadió otro.

-¡Mayúscula! -respondió Garduña solemnemente-. ¡Figuraos si la cosa será delicada, cuando el señor Corregidor y yo hacemos la batida por nosotros mismos!... Conque... hasta luego, buenas piezas, y ¡mucho ojo!

-Vaya V. con Dios, señor Bastián -repusieron todos saludando a Garduña.

-¡Mi estrella se eclipsa! -murmuró éste al salir del Corregimiento-. ¡Hasta las mujeres me engañan! La Molinera se encaminó al lugar en busca de su esposo, en vez de venirse a la ciudad... ¡Pobre Garduña! ¿Qué se ha hecho de tu olfato?

Y, discurriendo de este modo, tomó la vuelta al molino.

Razón tenía el alguacil para echar de menos su antiguo olfato, pues que no venteó a un hombre que se escondía en aquel momento detrás de unos mimbres, a poca distancia de la ramblilla, y el cual exclamó para su capote, o más bien para su capa grana:

-¡Guarda, Pablo! ¡Por allí viene Garduña!... Es menester que no me vea...

Era el tío Lucas vestido de Corregidor, que se dirigía a la ciudad, repitiendo de vez en cuando su diabólica frase:

-¡También la Corregidora es guapa!

Pasó Garduña sin verlo, y el falso Corregidor dejó su escondite y penetró en la población...

Poco después llegaba el alguacil al molino, según dejamos indicado.

XXVI: Reacción

Pág. 26 de 36

El sombrero de tres picos

El Corregidor seguía en la cama, tal y como acababa de verlo el tío Lucas por el ojo de la llave.

-¡Qué bien sudo, Garduña! ¡Me he salvado de una enfermedad! -exclamó tan luego como penetró el alguacil en la estancia-. ¿Y la señá Frasquita? ¿Has dado con ella? ¿Viene contigo? ¿Ha hablado con la Señora?

-La Molinera, Señor -respondió Garduña con angustiado acento-, me engañó como a un pobre hombre; pues no se fue a la ciudad, sino al pueblecillo... en busca de su esposo. Perdone Usía la torpeza...

-¡Mejor! ¡Mejor! -dijo el madrileño, con los ojos chispeantes de maldad-. ¡Todo se ha salvado entonces! Antes de que amanezca estarán caminando para las cárceles de la Inquisición, atados codo con codo, el tío Lucas y la señá Frasquita, y allí se pudrirán sin tener a quien contarle sus aventuras de esta noche. Tráeme la ropa, Garduña, que ya estará seca... ¡Tráemela y vísteme! ¡El amante se va a convertir en Corregidor!... Garduña bajó a la cocina por la ropa.

XXVII: ¡Favor al Rey!

Pág. 27 de 36

El sombrero de tres picos

Entretanto, la señá Frasquita, el Sr. Juan López y Toñuelo avanzaban hacia el molino, al cual llegaron pocos minutos después.

-¡Yo entraré delante! -exclamó el alcalde de monterilla-. ¡Para algo soy la autoridad! Sígueme, Toñuelo, y V., señá Frasquita, espérese a la puerta hasta que yo la llame.

Penetró, pues, el Sr. Juan López bajo la parra, donde vio a la luz de la luna un hombre casi jorobado, vestido como solía el Molinero, con chupetín y calzón de paño pardo, faja negra, medias azules, montera murciana de felpa, y el capote de monte al hombro.

-¡Él es! -gritó el alcalde-. ¡Favor al rey! ¡Entréguese V., tío Lucas!

El hombre de la montera intentó meterse en el molino.

-¡Date! -gritó a su vez Toñuelo, saltando sobre él, cogiéndolo por el pescuezo, aplicándole una rodilla al espinazo y haciéndole rodar por tierra.

Al mismo tiempo, otra especie de fiera saltó sobre Toñuelo, y agarrándolo de la cintura, lo tiró sobre el empedrado y principió a darle de bofetones.

Era la señá Frasquita, que exclamaba:

-¡Tunante! ¡Deja a mi Lucas!

Pero, en esto, otra persona, que había aparecido llevando del diestro una borrica, metiose resueltamente entre los dos, y trató de salvar a Toñuelo...

Era Garduña, que, tomando al alguacil del lugar por D. Eugenio de Zúñiga, le decía a la Molinera:

-¡Señora, respete V. a mi amo!

Y la derribó de espaldas sobre el lugareño.

La señá Frasquita, viéndose entre dos fuegos, descargó entonces a Garduña tal revés en medio del estómago, que le hizo caer de boca tan largo como era.

Y, con él, ya eran cuatro las personas que rodaban por el suelo.

El Sr. Juan López impedía entretanto levantarse al supuesto tío Lucas, teniéndole plantado un pie sobre los riñones.

-¡Garduña! ¡Socorro! ¡Favor al rey! ¡Yo soy el Corregidor! -gritó al fin don Eugenio, sintiendo que la pezuña del alcalde, calzada con albarca de piel de toro, lo reventaba materialmente.

-¡El Corregidor! ¡Pues es verdad! -dijo el Sr. Juan López, lleno de asombro...

-¡El Corregidor! -repitieron todos.

Y pronto estuvieron de pie los cuatro derribados.

-¡Todo el mundo a la cárcel! -exclamó D. Eugenio de Zúñiga-. ¡Todo el mundo a la horca!

-Pero, señor... -observó el Sr. Juan López, poniéndose de rodillas-. ¡Perdone Usía que lo haya maltratado! ¿Cómo había de conocer a Usía con esa ropa tan ordinaria?

-¡Bárbaro! -replicó el Corregidor-. ¡Alguna había de ponerme! ¿No sabes que me han robado la mía? ¿No sabes que una compañía de ladrones, mandada por el tío Lucas...?

-¡Miente V.! -gritó la navarra.

-Escúcheme V., señá Frasquita -le dijo Garduña, llamándola aparte-. Con permiso del señor Corregidor y la compaña... ¡Si V. no arregla esto, nos van a ahorcar a todos, empezando por el tío Lucas!...

-Pues ¿qué ocurre? -preguntó la señá Frasquita.

-Que el tío Lucas anda a estas horas por la ciudad vestido de Corregidor..., y que Dios sabe si habrá llegado con su disfraz hasta el propio dormitorio de la Corregidora.

Y el alguacil le refirió en cuatro palabras todo lo que ya sabemos.

-¡Jesús! -exclamó la Molinera-. ¡Conque mi marido me cree deshonrada! ¡Conque ha ido a la ciudad a vengarse! ¡Vamos, vamos a la ciudad, y justificadme a los ojos de mi Lucas!

-¡Vamos a la ciudad, e impidamos que ese hombre hable con mi mujer y le cuente todas las majaderías que se haya figurado! -dijo el Corregidor, arrimándose a una de las burras-. Déme V. un pie para montar, señor alcalde.

-Vamos a la ciudad, sí... -añadió Garduña-; ¡y quiera el cielo, señor Corregidor, que el tío Lucas, amparado por su vestimenta, se haya contentado con hablarle a la Señora!

-¿Qué dices, desgraciado? -prorrumpió D. Eugenio de Zúñiga-. ¿Crees tú a ese villano capaz?...

-¡De todo! -contestó la señá Frasquita.

XXVIII: ¡Ave María Purísima! ¡Las doce y media y sereno!

Pág. 28 de 36

El sombrero de tres picos

Así gritaba por las calles de la ciudad quien tenía facultades para tanto, cuando la Molinera y el Corregidor, cada cual en una de las burras del molino, el Sr. Juan López en su mula, y los dos alguaciles andando, llegaron a la puerta del Corregimiento.

La puerta estaba cerrada.

Dijérase que para el gobierno, lo mismo que para los gobernados, había concluido todo por aquel día.

-¡Malo! -pensó Garduña.

Y llamó con el aldabón dos o tres veces.

Pasó mucho tiempo, y ni abrieron ni contestaron.

La señá Frasquita estaba más amarilla que la cera.

El Corregidor se había comido ya todas las uñas de ambas manos.

Nadie decía una palabra.

¡Pum!... ¡Pum!... ¡Pum!..., golpes y más golpes a la puerta del Corregimiento (aplicados sucesivamente por los dos alguaciles y por el Sr. Juan López)... ¡Y nada! ¡No respondía nadie! ¡No abrían! ¡No se movía una mosca!

¡Sólo se oía el claro rumor de los caños de una fuente que había en el patio de la casa!

Y de esta manera transcurrían minutos, largos como eternidades.

Al fin, cerca de la una, abriose un ventanillo del piso segundo, y dijo una voz femenina:

-¿Quién?

-Es la voz del ama de leche... -murmuró Garduña.

-¡Yo! -respondió D. Eugenio de Zúñiga-. ¡Abrid!

Pasó un instante de silencio.

-¿Y quién es V.? -replicó luego la nodriza.

-¿Pues no me está V. oyendo? ¡Soy el amo!... ¡El Corregidor!...

Hubo otra pausa.

-¡Vaya V. mucho con Dios! -repuso la buena mujer-. Mi amo vino hace una hora, y se acostó en seguida. ¡Acuéstense Vds. también, y duerman el vino que tendrán en el cuerpo!

Y la ventana se cerró de golpe.

La señá Frasquita se cubrió el rostro con las manos.

-¡Ama! -tronó el Corregidor, fuera de sí-. ¿No oye V. que le digo que abra la puerta? ¿No oye V. que soy yo? ¿Quiere V. que la ahorque también?

La ventana volvió a abrirse.

-Pero vamos a ver... -expuso el ama-. ¿Quién es V. para dar esos gritos?

-¡Soy el Corregidor!

-¡Dale, bola! ¿No le digo a V. que el señor Corregidor vino antes de las doce..., y que yo lo vi con mis propios ojos encerrarse en las habitaciones de la Señora? ¿Se quiere V. divertir conmigo? ¡Pues espere V...., y verá lo que le pasa!

Al mismo tiempo se abrió repentinamente la puerta y una nube de criados y ministriles, provistos de sendos garrotes, se lanzó sobre los de afuera, exclamando furiosamente:

-¡A ver! ¿Dónde está ése que dice que es el Corregidor? ¿Dónde está ese chusco? ¿Dónde está ese borracho?

Y se armó un lío de todos los demonios en medio de la obscuridad, sin que nadie pudiera entenderse, y no dejando de recibir algunos palos el Corregidor, Garduña, el Sr. Juan López y Toñuelo.

Era la segunda paliza que le costaba a D. Eugenio su aventura de aquella noche, además del remojón que se dio en el caz del molino.

La señá Frasquita, apartada de aquel laberinto, lloraba por la primera vez de su vida...

-¡Lucas! ¡Lucas! -decía-. ¡Y has podido dudar de mí! ¡Y has podido estrechar en tus brazos a otra! ¡Ah! ¡Nuestra desventura no tiene ya remedio!

XXIX: Post nubila... Diana

Pág. 29 de 36

El sombrero de tres picos

-¿Qué escándalo es éste? -dijo al fin una voz tranquila, majestuosa y de gracioso timbre, resonando encima de aquella baraúnda.

Todos levantaron la cabeza, y vieron a una mujer vestida de negro asomada al balcón principal del edificio.

-¡La Señora! -dijeron los criados, suspendiendo la retreta de palos.

-¡Mi mujer! -tartamudeó D. Eugenio.

-Que pasen esos rústicos... El señor Corregidor dice que lo permite... -agregó la Corregidora. Los criados cedieron paso, y el de Zúñiga y sus acompañantes penetraron en el portal y tomaron por la escalera de arriba.

Ningún reo ha subido al patíbulo con paso tan inseguro y semblante tan demudado como el Corregidor subía las escaleras de su casa. Sin embargo, la idea de su deshonra principiaba ya a descollar, con noble egoísmo, por encima de todos los infortunios que había causado y que lo afligían y sobre las demás ridiculeces de la situación en que se hallaba...

-¡Antes que todo -iba pensando-, soy un Zúñiga y un Ponce de León!... ¡Ay de aquéllos que lo hayan echado en olvido! ¡Ay de mi mujer, si ha mancillado mi nombre!

XXX: Una señora de clase

Pág. 30 de 36

El sombrero de tres picos

La Corregidora recibió a su esposo y a la rústica comitiva en el salón principal del Corregimiento.

Estaba sola, de pie y con los ojos clavados en la puerta.

Érase una principalísima dama, bastante joven todavía, de plácida y severa hermosura, más propia del pincel cristiano que del cincel gentílico, y estaba vestida con toda la nobleza y seriedad que consentía el gusto de la época. Su traje, de corta y estrecha falda y mangas huecas y subidas, era de alepín negro: una pañoleta de blonda blanca, algo amarillenta, velaba sus admirables hombros, y larguísimos maniquetes o mitones de tul negro cubrían la mayor parte de sus alabastrinos brazos. Abanicábase majestuosamente con un pericón enorme, traído de las islas Filipinas, y empuñaba con la otra mano un pañuelo de encaje, cuyos cuatro picos colgaban simétricamente con una regularidad sólo comparable a la de su actitud y menores movimientos.

Aquella hermosa mujer tenía algo de reina y mucho de abadesa, e infundía por ende veneración y miedo a cuantos la miraban. Por lo demás, el atildamiento de su traje a semejante hora, la gravedad de su continente y las muchas luces que alumbraban el salón, demostraban que la Corregidora se había esmerado en dar a aquella escena una solemnidad teatral y un tinte ceremonioso que contrastasen con el carácter villano y grosero de la aventura de su marido.

Advertiremos, finalmente, que aquella señora se llamaba doña Mercedes Carrillo de Albornoz y Espinosa de los Monteros, y que era hija, nieta, biznieta, tataranieta y hasta vigésima nieta de la ciudad, como descendiente de sus ilustres conquistadores. Su familia, por razones de vanidad mundana, la había inducido a casarse con el viejo y acaudalado Corregidor, y ella, que de otro modo hubiera sido monja, pues su vocación natural la iba llevando al claustro, consintió en aquel doloroso sacrificio.

A la sazón tenía ya dos vástagos del arriscado madrileño, y aún se susurraba que había otra vez moros en la costa...

Conque volvamos a nuestro cuento.

XXXI: La pena del talión

-¡Mercedes! -exclamó el Corregidor al comparecer delante de su esposa. Necesito saber inmediatamente...

-¡Hola, tío Lucas! ¿V. por aquí? -dijo la Corregidora, interrumpiéndole-. ¿Ocurre alguna desgracia en el molino?

-¡Señora, no estoy para chanzas! -repuso el Corregidor hecho una fiera-. Antes de entrar en explicaciones por mi parte, necesito saber qué ha sido de mi honor...

-¡Ésa no es cuenta mía! ¿Acaso me lo ha dejado V. a mí en depósito?

-Sí, Señora... ¡A V.! -replicó D. Eugenio-. ¡Las mujeres son depositarias del honor de sus maridos!

-Pues entonces, mi querido tío Lucas, pregúntele V. a su mujer... Precisamente nos está escuchando.

La señá Frasquita, que se había quedado a la puerta del salón, lanzó una especie de rugido.

-Pase V., señora, y siéntese... -añadió la Corregidora, dirigiéndose a la Molinera con dignidad soberana.

Y, por su parte, encaminose al sofá.

La generosa navarra supo comprender desde luego toda la grandeza de la actitud de aquella esposa injuriada..., e injuriada acaso doblemente... Así es que, alzándose en el acto a igual altura, dominó sus naturales ímpetus, y guardó un silencio decoroso. Esto sin contar con que la señá Frasquita, segura de su inocencia y de su fuerza, no tenía prisa de defenderse. Teníala, sí, de acusar; y mucha..., pero no ciertamente a la Corregidora. ¡Con quien ella deseaba ajustar cuentas era con el tío Lucas..., y el tío Lucas no estaba allí!

-Señá Frasquita... -repitió la noble dama, al ver que la Molinera no se había movido de su sitio-: le he dicho a V. que puede pasar y sentarse.

Esta segunda indicación fue hecha con voz más afectuosa y sentida que la primera... Dijérase que la Corregidora había adivinado también por instinto, al fijarse en el reposado continente y en la varonil hermosura de aquella mujer, que no iba a habérselas con un ser bajo y despreciable, sino quizá más bien con otra infortunada como ella; ¡infortunada, sí, por el solo hecho de haber conocido al Corregidor! Cruzaron, pues, sendas miradas de paz y de indulgencia aquellas dos mujeres que se consideraban dos veces rivales, y notaron con gran sorpresa que sus almas se aplacieron la una en la otra, como dos hermanos que se reconocen.

No de otro modo se divisan y saludan a lo lejos las castas nieves de las encumbradas montañas.

Saboreando estas dulces emociones, la Molinera entró majestuosamente en el salón, y se sentó en el filo de una silla.

A su paso por el molino, previendo que en la ciudad tendría que hacer visitas de importancia, se había arreglado un poco y puéstose una mantilla de franela negra, con grandes felpones, que le sentaba divinamente. Parecía toda una señora.

Por lo que toca al Corregidor, dicho se está que había guardado silencio durante aquel episodio. El rugido de la señá Frasquita y su aparición en la escena no habían podido menos de sobresaltarlo. ¡Aquella mujer le causaba ya más terror que la suya propia!

-Conque vamos, tío Lucas... -prosiguió doña Mercedes, dirigiéndose a su marido-. Ahí tiene V. a la señá Frasquita... ¡Puede V. volver a formular su demanda! ¡Puede V. preguntarle aquello de su honra!

-Mercedes, ¡por los clavos de Cristo! -gritó el Corregidor-. ¡Mira que tú no sabes de lo que soy capaz! ¡Nuevamente te conjuro a que dejes la broma y me digas todo lo que ha pasado aquí durante mi ausencia! ¿Dónde está ese hombre?

-¿Quién? ¿Mi marido?... Mi marido se está levantando, y ya no puede tardar en venir.

-¡Levantándose! -bramó don Eugenio.

-¿Se asombra V.? ¿Pues dónde quería V. que estuviese a estas horas un hombre de bien, sino en su casa, en su cama, y durmiendo con su legítima consorte, como manda Dios?

-¡Merceditas! ¡Ve lo que te dices! ¡Repara en que nos están oyendo! ¡Repara en que soy el Corregidor!...

-¡A mí no me dé V. voces, tío Lucas, o mandaré a los alguaciles que lo lleven a la cárcel! -replicó la Corregidora, poniéndose de pie.

-¡Yo a la cárcel! ¡Yo! ¡El Corregidor de la ciudad!

-El Corregidor de la ciudad, el representante de la justicia, el apoderado del Rey -repuso la gran señora con una severidad y una energía que ahogaron la voz del fingido Molinero-. Llegó a su casa a la hora debida, a descansar de las nobles tareas de su oficio, para seguir mañana amparando la honra y la vida de los ciudadanos, la santidad del hogar y el recato de las mujeres, impidiendo de este modo que nadie pueda entrar, disfrazado de Corregidor ni de ninguna otra cosa, en la alcoba de la mujer ajena; que nadie pueda sorprender a la virtud en su descuidado reposo; que nadie pueda abusar de su casto sueño...

-¡Merceditas! ¿Qué es lo que profieres? -silbó el Corregidor con labios y encías-. ¡Si es verdad que ha pasado en mi casa, diré que eres una pícara, una pérfida, una licenciosa!

-¿Con quién habla este hombre? -prorrumpió la Corregidora desdeñosamente, y paseando la vista por todos los circunstantes-. ¿Quién es este loco? ¿Quién es este ebrio?... ¡Ni siquiera puedo ya creer que sea un honrado molinero como el tío Lucas, a pesar de que viste su traje de villano! Sr. Juan López, créame V. -continuó, encarándose con el alcalde de monterilla, que estaba aterrado-: mi marido, el Corregidor de la ciudad, llegó a esta su casa hace dos horas, con su sombrero de tres picos, su capa de grana, su espadín de caballero y su bastón de autoridad... Los criados y alguaciles que me escuchan se levantaron, y lo saludaron al verlo pasar por el portal, por la escalera y por el recibimiento. Cerráronse en seguida todas las puertas, y desde entonces no ha penetrado nadie en mi hogar hasta que llegaron Vds. ¿Es esto cierto? Responded vosotros.

-¡Es verdad! ¡Es muy verdad! -contestaron la nodriza, los domésticos y los ministriles; todos los cuales, agrupados a la puerta del salón, presenciaban aquella singular escena.

-¡Fuera de aquí todo el mundo! -gritó D. Eugenio, echando espumarajos de rabia-. ¡Garduña! ¡Garduña! ¡Ven y prende a estos viles que me están faltando al respeto! ¡Todos a la cárcel! ¡Todos a la horca!

Garduña no parecía por ningún lado.

-Además, señor... -continuó doña Mercedes, cambiando de tono y dignándose ya mirar a su marido y tratarle como a tal, temerosa de que las chanzas llegaran a irremediables extremos-. Supongamos que V. es mi esposo... Supongamos que V. es D. Eugenio de Zúñiga y Ponce de León...

-¡Lo soy!

-Supongamos, además, que me cupiese alguna culpa en haber tomado por V. al hombre que penetró en mi alcoba vestido de Corregidor...

-¡Infames! -gritó el viejo, echando mano a la espada, y encontrándose sólo con el sitio, o sea, con la faja del molinero murciano.

La navarra se tapó el rostro con un lado de la mantilla para ocultar las llamaradas de sus celos.

-Supongamos todo lo que V. quiera -continuó doña Mercedes con una impasibilidad inexplicable-. Pero dígame V. ahora, señor mío: ¿Tendría V. derecho a quejarse? ¿Podría V. acusarme como fiscal? ¿Podría V. sentenciarme como juez? ¿Viene V. acaso del sermón? ¿Viene V. de confesar? ¿Viene V. de oír misa? ¿O de dónde viene V. con ese traje? ¿De dónde viene V. con esa señora? ¿Dónde ha pasado V. la mitad de la noche?

-Con permiso... -exclamó la seña Frasquita, poniéndose de pie como empujada por un resorte, y atravesándose arrogantemente entre la Corregidora y su marido.

Éste, que iba a hablar, se quedó con la boca abierta al ver que la navarra entraba en fuego.

Pero doña Mercedes se anticipó, y dijo:

-Señora, no se fatigue V. en darme a mí explicaciones... ¡Yo no se las pido a V., ni mucho menos! Allí viene quien puede pedírselas a justo título... ¡Entiéndase V. con él!

Al mismo tiempo se abrió la puerta de un gabinete, y apareció en ella el tío Lucas, vestido de Corregidor de pies a cabeza, y con bastón, guantes y espadín, como si se presentase en las Salas de Cabildo.

XXXII: La fe mueve las montañas

Pág. 32 de 36

El sombrero de tres picos

-Tengan Vds muy buenas noches -pronunció el recién llegado, quitándose el sombrero de tres picos, y hablando con la boca sumida, como solía D. Eugenio de Zúñiga.

En seguida se adelantó por el salón, balanceándose en todos los sentidos, y fue a besar la mano de la Corregidora.

Todos se quedaron estupefactos. El parecido del tío Lucas con el verdadero Corregidor era maravilloso.

Así es que la servidumbre, y hasta el mismo Sr. Juan López, no pudieron contener una carcajada.

D. Eugenio sintió aquel nuevo agravio, y se lanzó sobre el tío Lucas como un basilisco. Pero la seña Frasquita metió el montante, apartando al Corregidor con el brazo de marras, y Su Señoría, en evitación de otra voltereta y del consiguiente ludibrio, se dejó atropellar sin decir oxte ni moxte. Estaba visto que aquella mujer había nacido para domadora del pobre viejo.

El tío Lucas se puso más pálido que la muerte al ver que su mujer se le acercaba; pero luego se dominó, y, con una risa tan horrible que tuvo que llevarse la mano al corazón para que no se le hiciese pedazos, dijo, remedando siempre al Corregidor:

-¡Dios te guarde, Frasquita! ¿Le has enviado ya a tu sobrino el nombramiento?

¡Hubo que ver entonces a la navarra! Tirose la mantilla atrás, levantó la frente con soberanía de leona, y clavando en el falso Corregidor dos ojos como dos puñales:

-¡Te desprecio, Lucas! -le dijo en mitad de la cara.

Todos creyeron que le había escupido.

¡Tal gesto, tal ademán y tal tono de voz acentuaron aquella frase!

El rostro del Molinero se transfiguró al oír la voz de su mujer. Una especie de inspiración, semejante a la de la fe religiosa, había penetrado en su alma, inundándola de luz y de alegría... Así es que, olvidándose por un momento de cuanto había visto y creído ver en el molino, exclamó con las lágrimas en los ojos y la sinceridad en los labios:

-¿Conque tú eres mi Frasquita?

-¡No! -respondió la navarra fuera de sí-. ¡Yo no soy ya tu Frasquita! Yo soy... ¡Pregúntaselo a tus hazañas de esta noche, y ellas te dirán lo que has hecho del corazón que tanto te quería!...

Y se echó a llorar, como una montaña de hielo que se hunde, y principia a derretirse. La Corregidora se adelantó hacia ella sin poder contenerse, y la estrechó en sus brazos con el mayor cariño.

La señá Frasquita se puso entonces a besarla, sin saber tampoco lo que se hacía, diciéndole entre sus sollozos, como una niña que busca el amparo de su madre:

-¡Señora, señora! ¡Qué desgraciada soy!

-¡No tanto como V. se figura! -contestábale la Corregidora, llorando también generosamente.

-¡Yo sí que soy desgraciado! -gemía al mismo tiempo el tío Lucas, andando a puñetazos con sus lágrimas, como avergonzado de verterlas.

-Pues ¿y yo? -prorrumpió al fin don Eugenio, sintiéndose ablandado por el contagioso lloro de los demás, o esperando salvarse también por la vía húmeda; quiero decir, por la vía del llanto-. ¡Ah, yo soy un pícaro!, ¡un monstruo!, ¡un calavera deshecho, que ha llevado su merecido!

Y rompió a berrear tristemente, abrazado a la barriga del Sr. Juan López.

Y éste y los criados lloraban de igual manera, y todo parecía concluido, y, sin embargo, nadie se había explicado.

XXXIII: Pues ¿y tú?

El tío Lucas fue el primero que salió a flote en aquel mar de lágrimas.

Era que empezaba a acordarse otra vez de lo que había visto por el ojo de la llave.

-¡Señores, vamos a cuentas!... -dijo de pronto.

-No hay cuentas que valgan, tío Lucas -exclamó la Corregidora-. ¡Su mujer de V. es una bendita!

-Bien..., sí...; pero...

-¡Nada de pero!... Déjela V. hablar, y verá cómo se justifica. Desde que la vi, me dio el corazón que era una santa, a pesar de todo lo que V. me había contado.

-¡Bueno; que hable!... -dijo el tío Lucas.

-¡Yo no hablo! -contestó la Molinera-. ¡El que tiene que hablar eres tú!... Porque la verdad es que tú...

Y la señá Frasquita no dijo más, por impedírselo el invencible respeto que le inspiraba la Corregidora.

-Pues ¿y tú? -respondió el tío Lucas, perdiendo de nuevo toda fe.

-Ahora no se trata de ella... -gritó el Corregidor, tornando también a sus celos-. ¡Se trata de V. y de esta señora! ¡Ah, Merceditas!... ¿Quién había de decirme que tú?...

-Pues ¿y tú? -repuso la Corregidora midiéndolo con la vista.

Y durante algunos momentos, los dos matrimonios repitieron cien veces las mismas frases:

-¿Y tú?

-Pues ¿y tú?

-¡Vaya que tú!

-¡No que tú!

-Pero ¿cómo has podido tú?...

Etc., etc., etc.

La cosa hubiera sido interminable, si la Corregidora, revistiéndose de dignidad, no dijese por último a D. Eugenio:

-¡Mira, cállate tú ahora! Nuestra cuestión particular la ventilaremos más adelante. Lo que urge en este momento es devolver la paz al corazón del tío Lucas: cosa muy fácil, a mi juicio; pues allí distingo al Sr. Juan López y a Toñuelo, que están saltando por justificar a la señá Frasquita.

-¡Yo no necesito que me justifiquen los hombres! -respondió ésta-. Tengo dos testigos de mayor crédito, a quienes no se dirá que he seducido ni sobornado...

-Y ¿dónde están? -preguntó el Molinero.

-Están abajo, en la puerta...

-Pues diles que suban, con permiso de esta señora.

-Las pobres no podrían subir...

-¡Ah! ¡Son dos mujeres!... ¡Vaya un testimonio fidedigno!

-Tampoco son dos mujeres. Sólo son dos hembras...

-¡Peor que peor! ¡Serán dos niñas!... Hazme el favor de decirme sus nombres.

-La una se llama Piñona y la otra Liviana...

-¡Nuestras dos burras! Frasquita: ¿te estás riendo de mí?

-No: que estoy hablando muy formal. Yo puedo probarte, con el testimonio de nuestras burras, que no me hallaba en el molino cuando tú viste en él al señor Corregidor.

-¡Por Dios te pido que te expliques!...

-¡Oye, Lucas!..., y muérete de vergüenza por haber dudado de mi honradez. Mientras tú ibas esta noche desde el lugar a nuestra casa, yo me dirigía desde nuestra casa al lugar, y, por consiguiente, nos cruzamos en el camino. Pero tú marchabas fuera de él, o, por mejor decir, te habías detenido a echar unas yescas en medio de un sembrado...

-¡Es verdad que me detuve!... Continúa.

-En esto rebuznó tu borrica...

-¡Justamente! ¡Ah, qué feliz soy!... ¡Habla, habla; que cada palabra tuya me devuelve un año de vida!

-Y a aquel rebuzno contestó otro en el camino...

-¡Oh!, sí..., sí... ¡Bendita seas! ¡Me parece estarlo oyendo!

-Eran Liviana y Piñona, que se habían reconocido y se saludaban como buenas amigas, mientras que nosotros dos ni nos saludamos ni nos reconocimos...

-¡No me digas más! ¡No me digas más!...

-Tan no nos reconocimos -continuó la seña Frasquita-, que los dos nos asustamos y salimos huyendo en direcciones contrarias... ¡Conque ya ves que yo no estaba en el molino! Si quieres saber ahora por qué encontraste al señor Corregidor en nuestra cama, tienta esas ropas que llevas puestas, y que todavía estarán húmedas, y te lo dirán mejor que yo. ¡Su Señoría se cayó al caz del molino, y Garduña lo desnudó y lo acostó allí! Si quieres saber por qué abrí la puerta..., fue porque creí que eras tú el que se ahogaba y me llamaba a gritos. Y, en fin, si quieres saber lo del nombramiento... Pero no tengo más que decir por la presente. Cuando estemos solos, te enteraré de ese y otros particulares... que no debo referir delante de esta señora.

-¡Todo lo que ha dicho la seña Frasquita es la pura verdad! -gritó el señor Juan López, deseando congraciarse con doña Mercedes, visto que ella imperaba en el Corregimiento.

-¡Todo! ¡Todo! -añadió Toñuelo, siguiendo la corriente a su amo.

-¡Hasta ahora..., todo! -agregó el Corregidor, muy complacido de que las explicaciones de la navarra no hubieran ido más lejos...

-¡Conque eres inocente! -exclamaba en tanto el tío Lucas, rindiéndose a la evidencia-. ¡Frasquita mía, Frasquita de mi alma! ¡Perdóname la injusticia, y deja que te dé un abrazo!...

-¡Ésa es harina de otro costal!... -contestó la Molinera, hurtando el cuerpo-. Antes de abrazarte, necesito oír tus explicaciones...

-Yo las daré por él y por mí... -dijo doña Mercedes.

-¡Hace una hora que las estoy esperando! -profirió el Corregidor, tratando de erguirse.

-Pero no las daré -continuó la Corregidora, volviendo la espalda desdeñosamente a su marido- hasta que estos señores hayan descambiado vestimentas...; y, aun entonces, se las daré tan sólo a quien merezca oírlas.

-Vamos..., vamos a descambiar... -díjole el murciano a D. Eugenio, alegrándose mucho de no haberlo asesinado, pero mirándolo todavía con un odio verdaderamente morisco-. ¡El traje de Vuestra Señoría me ahoga! ¡He sido muy desgraciado mientras lo he tenido puesto!...

-¡Porque no lo entiendes! -respondiole el Corregidor-. ¡Yo estoy, en cambio, deseando ponérmelo, para ahorcarte a ti y a medio mundo, si no me satisfacen las exculpaciones de mi mujer!

La Corregidora, que oyó estas palabras, tranquilizó a la reunión con una suave sonrisa, propia de aquellos afanados ángeles cuyo ministerio es guardar a los hombres.

XXXIV: También la Corregidora es guapa

Salido que hubieron de la sala el Corregidor y el tío Lucas, sentose de nuevo la Corregidora en el sofá, colocó a su lado a la señá Frasquita, y, dirigiéndose a los domésticos y ministriles que obstruían la puerta, les dijo con afable sencillez:

-¡Vaya, muchachos!... Contad ahora vosotros a esta excelente mujer todo lo malo que sepáis de mí. Avanzó el cuarto estado, y diez voces quisieron hablar a un mismo tiempo; pero el ama de leche, como la persona que más alas tenía en la casa, impuso silencio a los demás, y dijo de esta manera:

-Ha de saber V., señá Frasquita, que estábamos yo y mi Señora esta noche al cuidado de los niños, esperando a ver si venía el amo y rezando el tercer rosario para hacer tiempo (pues la razón traída por Garduña había sido que andaba el señor Corregidor detrás de unos facinerosos muy terribles, y no era cosa de acostarse hasta verlo entrar sin novedad), cuando sentimos ruido de gente en la alcoba inmediata, que es donde mis señores tienen su cama de matrimonio. Cogimos la luz, muertas de miedo, y fuimos a ver quién andaba en la alcoba, cuando, ¡ay, Virgen del Carmen!, al entrar vimos que un hombre, vestido como mi señor, pero que no era él (¡como que era su marido de V.!), trataba de esconderse debajo de la cama. «¡Ladrones!», principiamos a gritar desaforadamente, y un momento después la habitación estaba llena de gente, y los alguaciles sacaban arrastrando de su escondite al fingido Corregidor. Mi señora, que, como todos, había reconocido al tío Lucas, y que lo vio con aquel traje, temió que hubiese matado al amo y empezó a dar unos lamentos que partían las piedras... «¡A la cárcel! ¡A la cárcel!», decíamos entretanto los demás. «¡Ladrón! ¡Asesino!», era la mejor palabra que oía el tío Lucas; y así es que estaba como un difunto, arrimado a la pared, sin decir esta boca es mía. Pero, viendo luego que se lo llevaban a la cárcel, dijo... lo que voy a repetir, aunque verdaderamente mejor sería para callado: «Señora, yo no soy ladrón ni asesino: el ladrón y el asesino... de mi honra está en mi casa, acostado con mi mujer.»

-¡Pobre Lucas! -suspiró la señá Frasquita.

-¡Pobre de mí! -murmuró la Corregidora tranquilamente.

-Eso dijimos todos...: «¡Pobre tío Lucas y pobre Señora!» Porque... la verdad, señá Frasquita, ya teníamos idea de que mi señor había puesto los ojos en V...., y aunque nadie se figuraba que V....

-¡Ama! -exclamó severamente la Corregidora-. ¡No siga V. por ese camino!...

-Continuaré yo por el otro... -dijo un alguacil, aprovechando aquella coyuntura para apoderarse de la palabra-. El tío Lucas (que nos engañó de lo lindo con su traje y su manera de andar cuando entró en la casa; tanto, que todos lo tomamos por el señor Corregidor) no había venido con muy buenas intenciones que digamos, y si la Señora no hubiera estado levantada..., figúrese V. lo que habría sucedido...

-¡Vamos! ¡Cállate tú también! -interrumpió la cocinera-. ¡No estás diciendo más que tonterías! Pues, sí, señá Frasquita: el tío Lucas, para explicar su presencia en la alcoba de mi ama, tuvo que confesar las intenciones que traía... ¡Por cierto que la Señora no se pudo contener al oírlo, y le arrimó una bofetada en medio de la boca que le dejó la mitad de las palabras dentro del cuerpo! Yo mismo lo llené de insultos y denuestos, y quise sacarle los ojos... Porque ya conoce V., señá Frasquita, que, aunque sea su marido de V., eso de venir con sus manos lavadas...

-¡Eres una bachillera! -gritó el portero, poniéndose delante de la oradora-. ¿Qué más hubieras querido tú?... En fin, señá Frasquita: óigame V. a mí, y vamos al asunto. La Señora hizo y dijo lo que debía...; pero luego, calmado ya su enojo, compadeciose del tío Lucas y paró mientes en el mal proceder del señor Corregidor, viniendo a pronunciar estas o parecidas palabras: «Por infame que haya sido su pensamiento de V., tío Lucas, y aunque nunca podré perdonar tanta insolencia, es menester que su mujer de V. y mi esposo crean durante algunas horas que han sido cogidos en sus propias redes, y que V., auxiliado por ese disfraz, les ha devuelto afrenta por afrenta. ¡Ninguna venganza mejor podemos tomar de ellos que este engaño, tan fácil de desvanecer cuando nos acomode!» Adoptada tan graciosa resolución, la Señora y el tío Lucas nos aleccionaron a todos de lo que teníamos que hacer y decir cuando volviese Su Señoría; y por cierto que yo le he pegado a Sebastián Garduña tal palo en la rabadilla, que creo que no se le olvidará en mucho tiempo la noche de San Simón y San Judas...

Cuando el portero dejó de hablar, ya hacía rato que la Corregidora y la Molinera cuchicheaban al oído, abrazándose y besándose a cada momento, y no pudieron en ocasiones contener la risa.

¡Lástima que no se oyera lo que hablaban!... Pero el lector se lo figurará sin gran esfuerzo; y, si no el lector, la lectora.

XXXV: Decreto imperial

Regresaron en esto a la sala el Corregidor y el tío Lucas, vestido cada cual con su propia ropa.

-¡Ahora me toca a mí! -entró diciendo el insigne D. Eugenio de Zúñiga.

Y, después de dar en el suelo un par de bastonazos como para recobrar su energía (a guisa de Anteo oficial, que no se sentía fuerte hasta que su caña de Indias tocaba en la tierra), díjole a la Corregidora con un énfasis y una frescura indescriptibles:

-¡Merceditas..., estoy esperando tus explicaciones!...

Entretanto, la Molinera se había levantado y le tiraba al tío Lucas un pellizco de paz, que le hizo ver estrellas, mirándolo al mismo tiempo con desenojados y hechiceros ojos.

El Corregidor, que observaba aquella pantomima, quedose hecho una pieza, sin acertar a explicarse una reconciliación tan inmotivada.

Dirigiose, pues, de nuevo a su mujer, y le dijo, hecho un vinagre:

-¡Señora! ¡Todos se entienden menos nosotros! ¡Sáqueme V. de dudas!... ¡Se lo mando como marido y como Corregidor!

Y dio otro bastonazo en el suelo.

-¿Conque se marcha V.? -exclamó doña Mercedes, acercándose a la señá Frasquita y sin hacer caso de D. Eugenio-. Pues vaya V. descuidada, que este escándalo no tendrá ningunas consecuencias. ¡Rosa!: alumbra a estos señores, que dicen que se marchan... Vaya V. con Dios, tío Lucas.

-¡Oh... no! -gritó el de Zúñiga, interponiéndose-. ¡Lo que es el tío Lucas no se marcha! ¡El tío Lucas queda arrestado hasta que sepa yo toda la verdad! ¡Hola, alguaciles! ¡Favor al rey!... Ni un solo ministro obedeció a D. Eugenio. Todos miraban a la Corregidora.

-¡A ver, hombre! ¡Deja el paso libre! -añadió ésta, pasando casi sobre su marido, y despidiendo a todo el mundo con la mayor finura; es decir, con la cabeza ladeada, cogiéndose la falda con la punta de los dedos y agachándose graciosamente, hasta completar la reverencia que a la sazón estaba de moda, y que se llamaba la pompa.

-Pero yo... Pero tú... Pero nosotros... Pero aquéllos... -seguía mascujando el vejete, tirándole a su mujer del vestido y perturbando sus cortesías mejor iniciadas.

¡Inútil afán! ¡Nadie hacía caso de Su Señoría!

Marchado que se hubieron todos, y solos ya en el salón los desavenidos cónyuges, la Corregidora se dignó al fin decirle a su esposo, con el acento que hubiera empleado una Czarina de todas las Rusias para fulminar sobre un ministro caído la orden de perpetuo destierro a la Siberia.

-Mil años que vivas, ignorarás lo que ha pasado esta noche en mi alcoba... Si hubieras estado en ella, como era regular, no tendrías necesidad de preguntárselo a nadie. Por lo que a mí toca, no hay ya, ni habrá jamás, razón ninguna que me obligue a satisfacerte, pues te desprecio de tal modo, que si no fueras el padre de mis hijos, te arrojaría ahora mismo por ese balcón, como te arrojo para siempre de mi dormitorio. Conque, buenas noches, caballero.

Pronunciadas estas palabras, que don Eugenio oyó sin pestañear (pues lo que es a solas no se atrevía con su mujer), la Corregidora penetró en el gabinete, y del gabinete pasó a la alcoba, cerrando las puertas detrás de sí, y el pobre hombre se quedó plantado en medio de la sala, murmurando entre encías (que no entre dientes) y con un cinismo de que no habrá habido otro ejemplo:

-¡Pues, señor, no esperaba yo escapar tan bien!... ¡Garduña me buscará acomodo!

XXXVI: Conclusión, moraleja y epílogo

Piaban los pajarillos saludando el alba, cuando el tío Lucas y la señá Frasquita salían de la ciudad con dirección a su molino.

Los esposos iban a pie, y delante de ellos caminaban apareadas las dos burras.

-El domingo tienes que ir a confesar -le decía la Molinera a su marido-, pues necesitas limpiarte de todos tus malos juicios y criminales propósitos de esta noche...

-Has pensado muy bien... -contestó el Molinero-. Pero tú, entretanto, vas a hacerme otro favor, y es dar a los pobres los colchones y ropa de nuestra cama, y ponerla toda de nuevo. ¡Yo no me acuesto donde ha sudado aquel bicho venenoso!

-¡No me lo nombres, Lucas! -replicó la señá Frasquita-. Conque hablemos de otra cosa. Quisiera merecerte un segundo favor...

-Pide por esa boca...

-El verano que viene vas a llevarme a tomar los baños del Solán de Cabras.

-¿Para qué?

-Para ver si tenemos hijos.

-¡Felicísima idea! Te llevaré, si Dios nos da vida.

Y con esto llegaron al molino, a punto que el sol, sin haber salido todavía, doraba ya las cúspides de las montañas.

....

A la tarde, con gran sorpresa de los esposos, que no esperaban nuevas visitas de altos personajes después de un escándalo como el de la precedente noche, concurrió al molino más señorío que nunca. El venerable prelado, muchos canónigos, el jurisconsulto, dos priores de frailes y otras varias personas (que luego se supo habían sido convocadas allí por Su Señoría Ilustrísima) ocuparon materialmente la plazoletilla del emparrado.

Sólo faltaba el Corregidor.

Una vez reunida la tertulia, el señor Obispo tomó la palabra, y dijo: que, por lo mismo que habían pasado ciertas cosas en aquella casa, sus canónigos y él seguirían yendo a ella lo mismo que antes, para que ni los honrados Molineros ni las demás personas allí presentes participasen de la censura pública, sólo merecida por aquel que había profanado con su torpe conducta una reunión tan morigerada y tan honesta. Exhortó paternalmente a la señá Frasquita para que en lo sucesivo fuese menos provocativa y tentadora en sus dichos y ademanes, y procurase llevar más cubiertos los brazos y más alto el escote del jubón; aconsejó al tío Lucas más desinterés, mayor circunspección y menos inmodestia en su trato con los superiores; y acabó dando la bendición a todos y diciendo: que como aquel día no ayunaba, se comería con mucho gusto un par de racimos de uvas.

Lo mismo opinaron todos... respecto de este último particular..., y la parra se quedó temblando aquella tarde. ¡En dos arrobas de uvas apreció el gasto el Molinero!

....

Cerca de tres años continuaron estas sabrosas reuniones, hasta que, contra la previsión de todo el mundo, entraron en España los ejércitos de Napoleón y se armó la Guerra de la Independencia.

El señor Obispo, el magistral y el penitenciario murieron el año de 8, y el abogado y los demás contertulios en los de 9, 10, 11 y 12, por no poder sufrir la vista de los franceses, polacos y otras alimañas que invadieron aquella tierra, ¡y que fumaban en pipa, en el presbiterio de las iglesias, durante la misa de la tropa!

El Corregidor, que nunca más tornó al molino, fue destituido por un mariscal francés, y murió en la Cárcel de Corte, por no haber querido ni un solo instante (dicho sea en honra suya) transigir con la dominación extranjera.

Doña Mercedes no se volvió a casar, y educó perfectamente a sus hijos, retirándose a la vejez a un convento, donde acabó sus días en opinión de santa. Garduña se hizo afrancesado.

El Sr. Juan López fue guerrillero, y mandó una partida, y murió, lo mismo que su alguacil, en la famosa batalla de Baza, después de haber matado muchísimos franceses.

Finalmente: el tío Lucas y la señá Frasquita (aunque no llegaron a tener hijos, a pesar de haber ido al Solán de Cabras y de haber hecho muchos votos y rogativas) siguieron siempre amándose del propio modo, y alcanzaron una edad muy avanzada, viendo desaparecer el Absolutismo en 1812 y 1820, y reaparecer en 1814 y 1823, hasta que, por último, se estableció de veras el sistema Constitucional a la muerte del Rey Absoluto, y ellos pasaron a mejor vida (precisamente al estallar la guerra civil de los Siete años), sin que los sombreros de copa que ya usaba todo el mundo pudiesen hacerles olvidar aquellos tiempos simbolizados por el sombrero de tres picos.


